

Dionisio DIDROT

EL SOBRINO DE RAMEAU

NOUEVA FRANCESA TRANSCRITA POR

LUIS GOROSTOLA.

C-11

12

QUINTAS

8

R. 1790

EL SOBRINO DE

NOVELLA ESCRITA EN

FOR

DIONISIO DEL

TRADUCCION

DE

BOZ LIS GORGES

NOVELLA

EL SOBRINO DE

TRADUCCION

BOZ LIS GORGES

EL SOBRINO DE RAMEAU

EL SOBRINO DE RAMEAU

Vertumnus, quotquot sunt, natus iniquis
(Hor., Serm., lib. II, sat VII, v., 14.)

Haga bueno ó mal tiempo, tengo por costumbre ir á pasear al Palacio Real á eso de las cinco de la tarde; por eso se me encuentra siempre allí, solo y meditabundo en el banco de Argenson. Sostengo conversaciones conmigo mismo sobre política, amor, buen gusto ó literatura; dejo á mi imaginacion en completa libertad, seguir la primer idea sensata ó descabellada que se me ocurre, del mismo modo que vemos en el paseo de Foy á nuestros jóvenes disolutos, perseguir á la primera cortesana que encuentran, de rostro agraciado, mirada viva y nariz remangada, dejar á esta por otra, siguiendo á todas sin prendarse de ninguna. Mis pensamientos son mis *meretrices*. Cuando el tiempo está muy frio ó muy lluvioso me refugio en el café de la Regencia y me en-

trengo en ver jugar el ajedrez. Paris es la poblacion mas importante del mundo; pero el café de la Regencia es el sitio mas importante de Paris y donde mejor se juega el ajedrez. Allí están el profundo Legal, el perspicaz Philidor y el fuerte Mayot: allí se ven las jugadas mas sorprendentes y se observan los mas malos designios, pues puede un hombre tener talento y ser un gran jugador, como Legal; ó ser nunécio, siendo á la vez un jugador afamado, como Foubert y Mayot. Un dia encontrábame allí despues de comer, mirando mucho, hablando poco y escuchando lo menos que podia, cuando fuí interrumpido por uno de los mas estravagantes personajes de este país, en el cual Dios no ha querido que faltasen nunca. Es un compuesto de dignidad y de bajeza, de buen sentido y de falta de razon; y se hace preciso que las ideas que tiene de honestidad y deshonra sean muy estrañas, para que muestre, sin ostentacion, las buenas cualidades que la naturaleza le ha dado, y con ningun pudor las malas que ha recibido. Por lo demás, está dotado de una organizacion fuerte, de un vigor poco común y de una imaginacion singular. Lo que mas se diferenciaba de él, es él mismo. Algunas veces está delgado y pálido como un enfermo en el úl-

timogrado de consuncion; se le podrian contar los dientes á través de sus mejillas, y parece que ha pasado muchos dias sin comer, ó que ha salido de la Trapa. Al mes siguiente está ya grueso y repleto como si no se hubiese levantado de la mesa de un hacendista, ó hubiese estado encerrado en un convento de Bernardos. Hoy con la ropa sucia y rota, cubierto de remiendos, casi sin zapatos, camina ocultándose y con la cabeza baja: cualquiera podría llamarle para darle una limosna; pero mañana, empolvado, esmeradamente vestido y marchando con la cabeza levantada, parece una persona decente, y gasta cada dia lo que gana, triste ó alegre, segun las circunstancias. Su primer cuidado por la mañana, tan pronto se levanta, es pensar en donde ha de almorzar; y despues de almorzar, pensar en que sitio ha de comer. Tampoco la noche le produce inquietud por que, ó vuelve á pié á una pequeña guardilla que habita (á no ser que el dueño de ella, cansado de esperar el importe del alquiler, le hubiese recojido la llave) ó se mete en una taberna de los arrabales, en la cual espera el nuevo dia despues de haber devorado un pedazo de pan y beber un vaso de cerbeza. Cuando no tiene seis sueldos en su bolsa, lo cual le sucede bastantes veces, recurre, ya

á un fiacre de sus amigos, ya al cochero de un gran señor, que le cede un lecho de paja al lado de sus caballos. Por la mañana conserva todavía una parte de su almohada en los caballos.

Si la estación es templada, se pasea toda la noche por los Campos-Elíseos; pero en cuanto sale el sol, vuelve al pueblo, vestido desde la víspera para el día siguiente, y muchas veces para el resto de la semana. A mí no me agradan estos seres originales y no los busco nunca. Otros son sus conocimientos familiares y hasta sus amigos. Me detienen alguna que otra vez cuando su carácter difiere del de los demás, y son los que destruyen esa empalagosa uniformidad que han introducido nuestra educación nuestros convenios sociales y nuestras coscombres. Uno solo que se presente en una reunión, es como un poco de levadura que fermenta y dá á cada uno cierta cantidad de su individualidad natural. Repri-me, agita, obliga á aprobar ó condenar, hace aparecer la verdad de los hechos, conocer las personas de bien y desenmascarar á los pícaros, y entonces es cuando el hombre de buen criterio conoce el mundo en que vive.

Yo le conocía hace ya mucho tiempo. Debido á su talento, frecuentaba una casa en la

que habitaba una hija única en compañía de sus padres, á los cuales daba palabra de casarse con ella. Ellos encogíanse de hombros, se retan en su misma cara y le llamaban loco: sin embargo, yo soy testigo de que cumplió su palabra. A veces me pedia cuartos, que yo siempre le daba; se introducía, no sé como, en algunas casas decentes donde le daban de comer con la condicion de que no hablase hasta obtener permiso, y era muy divertido el verle en este estado. Si faltaba á lo pactado y abría la boca, á la primer palabra, todos los convidados exclamaban ¡*Rameau!*: entonces el furor encendia sus ojos y se ponía otra vez á comer con mas rabia que antes. Si tenias curiosidad por saber como se llama ese hombre, ya lo sabes, lector: se llama Rameau, discípulo del músico célebre que nos ha libertado del canto llano que venimos salmodiando hace más de cien años; que escribió tantas visiones ininteligibles y tantas verdades apocalípticas sobre la teoría de la música, que nadie, ni él mismo ha entendido hasta ahora; del cual tenemos un cierto número de óperas que tienen armonia, finales de canto, ideas desordenadas, ruidos, robos, triunfos, lances, glorias, murmullos, victorias hasta no poder mas, bailables que durarán eternamente, y

que despues de haber sepultado al Florentino, será enterrado á su vez por los artistas italianos, lo cual él presentía volviéndole sombrío y triste, porque nádie tiene tan mal humor, ni siquiera la mujer bonita que despierta con un grano en la nariz, como un autor que se ve amenazado de sobrevivir á su reputacion. Testigos Marivaux y Crevillon hijo.

¡Ah—exclama acercándose á mi. Está usted ahí, señor filósofo! ¿Que hace V. entre ese grupo de holgazanes? ¿Es que pierde V, tambien el tiempo jugando al ajedrez?...

Yo—No; pero cuando no tengo que hacer me entretengo en mirar un instante como se juega.

El—En ese caso se divertirá V. muy poco, porque, esceptuados Legal y Philidor, los demas no saben nada.

Yo—¿Y entonces el señor Busey?

El—Como jugador de ajedrez, ese es lo que la señorita Clairon como actriz. Tanto uno como otro, saben, todo lo que se puede aprender.

Yo—Es V. malo de contentar y observo que no le agradan á V. más que los hombres es-cepcionales.

El—En el ajedrez, en las damas, en poesía, en elocuencia, en música, y en otras ton-

terias como estas, es cierto, ¿A qué conducen las medianías?

Yo—A nada; convengo en ello. Pero es necesario que haya un gran número de personas que se dediquen á esas tonterias para que pueda resaltar el hombre de génio. De estos solo hay uno entre la multitud. Pero dejemos eso. Hace mucho tiempo que no nos hemos visto. Yo solo me acuerdo de V. cuando le veo, pero tengo siempre una alegria en ello. ¿Qué ha hecho V.?

El—Lo mismo que V. y todos los demás hacen: bien, mal y nada. Y luego, cuando tuve hambre, comí en la primera ocasion que se me presentó: despues de haber comido tuve sed y bebí algunas veces. Me nació la barba; y cuando la tuve un poco crecida, me la hice afeitar.

Yo—Hizo V. mal. La barba es lo único que á V. le falta para ser un sabio.

El—Es cierto: tengo la frente alta y surcada de arrugas, la mirada penetrante, la nariz saliente, las mejillas anchas, las cejas negras y espesas, la boca bien formada, los labios rosados y el rostro cuadrado. Si esta ancha mandíbula estuviese cubierta con una larga barba ¿no le parece á V. que estaria muy bien en bronce ó mármol?

Yo—Al lado de César, Marco Aurelio, Sócrates.

El—No. Yo estaria mejor entre Diógenes, *Laís* y *Phryné*. Soy único como el uno y remedo con gusto á los otros.

Yo—Se encuentra V. siempre bien?

El—Ordinariamente, si; y hoy como pocas veces.

Yo—Como! Y con un vientre de Sileno y una cara de.....

El—Una cara que se tomaria por un c..... Es que el humor que hace adelgazar á mi querido maestro, engorda aparentemente á su querido..... discípulo.

Yo—A propósito de ese *querido maestro*, ¿le vé V. alguna vez?

El—Si, pasar por la calle.

Yo—¿No le hizo á V. algun beneficio?

El—Si alguno me hizo fué sin saberlo. Es un filósofo en su especie: no piensa mas que en si mismo, sin importárle nada el resto del universo. Su mujer y su hija pueden morir cuando quieran: mientras las campanas de laparroquia no toquen por ellas, nada va mal. Todo le es indiferente; y eso es lo que yo lamento á cada instante en los hombres de génio. No son buenos mas que en una cosa, y á excepcionde esa, no lo son en nada. Ignoran,

lo que es ser ciudadano, padre, pariente y amigo.

Entre nosotros conviene imitarlos en todo, pero no desear que la especie se haga comun. ¿Es necesario que haya hombres de génio? De ningun modo; no, por vida mia, no son necesarios. Ellos son los que cambian la faz del globo; pero aun en las mas insignificantes cuestiones, la necedad es comun y tan poderosa, que no se la reforma sin alboroto. Se establece parte de lo que se imaginaba, y la otra parte queda conforme estaba. De aqui dos evangelios distintos y un traje de arlequin. La sabiduría del monge de Rabelais es la verdadera para su tranquilidad y para la de los demás: cumplir con su deber medianamente, hablar siempre bien del prior, y dejar que el mundo marche á su capricho. Si yo supiese historia, le probaria á V. que el mal ha venido siempre por los hombres de génio; pero no puedo hacerlo porque yo no sé historia, ni sé nada. El diablo me lleve si he estudiado algo y si he sufrido algun contratiempo por esta causa. Estando yo un dia sentado á la mesa de uno de los ministros del rey de***, que tenia una imaginacion asombrosa, nos demostró con la misma claridad con que se prueba que una y una son dos, que nada es

mas útil á los pueblos que la mentira, y nada mas perjudicial que la verdad. Yo no me acuerdo bien de sus argumentos; pero probaban evidentemente que los hombres de talento son detestables, y que si los niños trajesen en su frente al venir al mundo, una señal de que estaban adornados con ese dañoso presente de la naturaleza, debería ahogarse ó matarlos por cualquier medio.

Yo—Sin embargo, esos personajes tan enemigos del génio, pretenden tenerlo.

El—No digo que eso deje de ser cierto; pero creo que no se atreven á confesarlo.

Yo—Eso es por modestia. Pero... tiene V. un ódio tan grande al génio?

El—Que durará toda mi vida.

Yo—Pues yo recuerdo una época en que V. se desesperaba por no ser mas que un hombre vulgar. No será V. nunca feliz si le angustian igualmente el pro y el contra: es preciso tomar un partido y permanecer fiel á él. Aun conviniendo con V. en que los hombres de génio son generalmente algo raros, ó, como dice el proverbio: *todo hombre de talento, tiene algo de loco*, no se llegará á eso, y se despreciarán todas las épocas en que no haya brillado algun sabio. Ellos son la gloria de los pueblos en donde han existido; y tarde ó temprano,

se les erijen estátuas y son conceptuados como los bienhechores del género humano. Aunque pueda desagradar á ese ministro sublime que V. me ha citado, yo creo que si la mentira puede servir en un momento dado, es necesariamente perjudicial para el porvenir; y que, por el contrario, la verdad sirve para, mas adelante, aun cuando pueda admitirse que perjudica por el momento: de donde se deduce que el hombre de génio que destruye un error general ò demuestra una gran verdad, es siempre digno de nuestra veneracion. Puede suceder que este sér sea víctima de los prejuicios ó de las leyes; pero hay dos clases de leyes: de una equidad, de una generalidad absoluta las unas; y otras extravagantes, que deben su sancion á la ignorancia ó la necesidad de las circunstancias. Estas solo arrojan sobre el culpable que las infringe una ignominia pasagera; pero el tiempo se encarga de volverla contra los jueces y las naciones para que la sufran eternamente. ¿Quién es hoy el deshonorado, Sócrates ó el magistrado que le obligó á beber la cicuta?

El—He ahí la cuestion en buen terreno! ¿Ha sido él por eso menos condenado? ¿Ha estado meus expuesto á la muerte? ¿Fué un ciudadano menos turbulento? Al despreciar

una mala ley, ¿no alentó á los locos para que hiciesen lo mismo con las que eran buenas? ¿Dejó de ser un particular audaz y estravagante? No estábais lejos hace un momento de hacer una declaracion poco favorable á los hombres de génio.

Yo—Escúche V. Una sociedad no debiera tener malas leyes; y asi no se veria en el caso de perseguir á un hombre de talento. Yo no dije que el génio fuese indivisiblemente unido á la ruindad, ó vice-versa. Un necio será bribon mas á menudo que un hombre de facultades poco comunes. Aun quando el hombre de génio fuese, por lo regular, de un trato duro, difícil, espinoso é insoportable; aun quando fuese un pícaro ¿qué deduciria V. de ahí?

El—Que era bueno para ahogar.

Yo—Poco á poco, hombre. No tomaré por ejemplo á su *tio Rameau*, que es un ser brutal, duro, sin humanidad, avaro, mal padre, mal esposo y mal *tio*; pero no se ha demostrado todavía que sea un hombre de génio, que haya elevado su arte á un cierto grado de perfeccion, ni siquiera que haya de hablarse de sus obras dentro de diez años. Pero ¿y *Racine*? ¿Y *Voltaire*?

El—No me apriete V. mas, porque soy conseqüente.

Yo—¿Qué preferiría V? ¿Qué fuese un buen hombre, identificado con su mostrador, como *Briasson*, ó con su ana, como *Barbier*, engendrando con regularidad todos los años un hijo legítimo, buen marido, buen padre, buen tío... buen vecino, honrado comerciante, pero nada mas; ó que fuese trapacero, traidor, ambicioso y pícaro, pero autor de *Andrómaca*, *Británico*, *Ifigenia* y *Atalia*?

El—A fé mía, que para él, quizás que de esos dos hombres le hubiera convenido mas ser como el primero.

Yo—Eso es mucho mas cierto de lo que V. cree.

El—Oh! ¡He ahí lo que son ustedes! Si decimos algo bueno, es como los locos ó los inspirados, por azar. Pues yo, señor filósofo, me entiendo tan bien como V. se entiende á si mismo.

Yo—Pues bien. Veamos. ¿Por qué le hubiera convenido ser como el primero?

El—Porque todas esas hermosas obras que el segundo hizo no le produjeron veinte mil francos; y si hubiera sido un buen comerciante de sedas en la calle de Saint-Denis ó de Saint-Honoré, ó de otra cualquier cosa, hubiera reunido una inmensa fortuna y no habria ningun placer del cual no hubiese disfru-

tado: de pascua en viernes hubiera dado al
gun oro á un pobre diablo, como yo, que le
hiciese reir y le proporcionase *alguna que otra*
vez lindas muchachas; hubiéramos tenido ex-
celentes comidas en su casa, jugado en gran
escala y bebido costosos vinos, licores y aro-
mático café. ¿Ve V. como yo me entiendo?
¿Se rie V?... ¿Pues no hubiera sido esto me-
jor para sus amigos?

Yo—Sin duda alguna, siempre que no em-
please de un modo escandaloso la fortuna ad-
quirida en un comercio le-ítimo; que alejase
de su casa á todos esos bufones, á esos pará-
sitos, á esos necios aduladores y á esos hol-
gazanes, y que hiciese escapar á bastonazos
al amigo officioso que propusiese á un mari-
do olvidar con la variedad el cansancio que
naturalmente ocasiona el trato con una misma
mujer.

El—¡Apalea, señor, apalea! No se mal-
trata á nadie en una ciudad culta. Yo creo que
las costumbres que he indicado son decorosas:
muchas personas, y hasta títulos, las obser-
van. ¿Y en qué diablo quiere V. que emplee
su dinero, si no es en tener buena mesa, bue-
na compañía, excelentes vinos, hermosas mu-
jeres, placeres de todas clases y diversiones
de toda especie? A mi tanto me da ser men-

digo como poseer una gran fortuna, si no tengo ninguno de esos gozes. Pero volvamos á Racine. Este hombre no fué bueno mas que para los desconocidos y para las generaciones en que él ya no existia.

Yo—Conformes. Pero comparad el mal con el bien.

Dentro de mil años hará derramar muchas lágrimas; será la admiracion de los hombres en todas las regiones del globo; inspirará á la humanidad, conmiseracion y ternura. Se preguntará quien era y de que país, y se tendrá envidia á la Francia. Hizo sufrir á algunos seres que ya no existen y por los cuales no tenemos ningun interés; pero nada tenemos que temer, ni de sus vicios, ni de sus faltas. Mejor seria, sin duda alguna, que hubiera recibido de la naturaleza la virtud de un hombre de bien, en vez del talento de un sabio. Es un árbol que hizo secar algunos otros plantados á su alrededor, y mató las plantas que crecian á sus piés: pero elevó su copa hasta las nubes y llenaron sus brazos una gran extension; prestó sombra á los que fueron, se la presta á los que hoy son, se la prestará á los que vengan y reposen alrededor de su magestuoso tronco, produjo frutos de esquisito gusto, que se renuevan sin cesar. Hu-

biera sido de desear que Voltaire tuviese la dulzura de Duclos, la severidad del abate Trublei y la rectitud del d'Olivet; pero, ya que esto es imposible, miremos la cuestion por el lado verdaderamente interesante: olvidemos por un momento el lugar que nosotros ocupamos en el espacio y en el tiempo, y estendamos nuestra vista á los siglos futuros, á las regiones mas apartadas y á los pueblos que nos han de seguir. Pensemos en el bien de nuestra especie; y ya que no seamos bastante generosos, perdonemos al menos á la naturaleza por haber sido mas sábia que nosotros. Si V. echa un poco de agua fría en la cabeza de Greuze, quizás desaparezca su talento con su vanidad; y si hiciese V. á Voltaire menos sensible á la crítica, no seria capaz de descender hasta el alma de Merope, y no conmoveria al público.

El.—Pero si la naturaleza es tan poderosa como sabia ¿por qué no los ha hecho tan buenos como grandes?

Yo.—¿Y no ve V. que con semejante azonamiento se invierte el orden general, y que si todo aqui fuese excelente, no habria nada que lo fuera?

El.—Tiene V. razon. Lo importante es que V. y yo nos diferenciemos y que todo marche

como Dios quiera. El mejor órden de las cosas, á mi entender, es aquel en que yo debiera existir: y ¡mal haya al mas perfecto de los mundos, si no estoy en él! Yo mejor quiero ser algo, y hasta ser impertinente razonador, que no ser nada.

Yo—No hay nadie que no razone como V., y que no condene el órden establecido sin apercibirse de que renuncia á su propia existencia.

El—Es cierto.

Yo—Aceptemos las cosas como son; veamos lo que nos cuestan y lo que nos producen, y dejemos á un lado el todo, que no conocemos lo bastante para criticarlo ó deprimirlo, y que no es quizás ni bueno ni malo, si es necesario, como algunos imaginan.

El—Yo no entiendo gran cosa lo que usted acaba de decirme: me parece todo eso filosofia, y le advierto que no quiero meterme en esos dibujos. Todo lo que sé, es que desearia ser otro, aunque fuese un hombre de talento, si, es preciso que convenga en ello, hay algo que me lo hace desear. No he oido nunca ensalzar á alguno sin que su elogio me encolerizase secretamente. Soy envidioso. Cuando alguien refiere alguna escena degradante de la vida privada de algun hombre de genio,

la escucho con placer, porque esto nos aproxima y me hace soportar con más tranquilidad mi medianía. Yo me digo á mi mismo: Con seguridad, tu no harías jamás *Mahoma*, ni el elogio de *Maupeou*. Estuve y estoy disgustado por ser una medianía. Si, si, lo soy: nunca oí tocar la sinfonia de *Indes galantes*, ni oído cantar *Profonds abimes du Ténare: Nuit, éternelle nuit*, sin decirme con dolor: He ahí una cosa que yo no haría nunca. Estoy, pues, envidioso de mi tío; y si hubiera tenido á su muerte algunas piezas bonitas de piano en su cartera, no habria vacilado en quedarme con ellas.

Yo—Si no es mas que eso lo que á V. desazona, vale bien poco.

El—Eso no es nada: son instantes que pasan. (Enseguida se puso á cantar la sinfonia y cantos ya citados, y añadió:)

El algo que en estos cantos se encuentra y que me habla, me dice: *Rameau*: tu quisieras haber hecho esos dos fragmentos; si los hubieras hecho, harías tambien despues otros dos, y despues otros; y cuando tuvieras un cierto número de ellos, cantarían y tocarían por todas partes tus obras: cuando anduvieres, llevarías la cabeza levantada; tu conciencia daría testimonio de tu propio mérito, y al

pasar te señalarían todos con el dedo diciendo: Ese es el que hizo las lindas gabotas (y al decir esto las cantaba) Después, con el aire propio de un hombre conmovido que flota en la alegría y siente sus ojos húmedos de placer, añadía frotándose las manos: Ya tendrás una buena casa (y señalaba la extensión con sus brazos); un buen lecho (y se tendía negligentemente); buenos vinos (y hacía que los sorbía); un buen coche (y levantaba el pie como si fuese á subir á él); hermosas mujeres (que figuraba abrazar mirándolas voluptuosamente); cien tunos vendrán á adularte todos los días (y creía tenerlos á su alrededor: veía á Palissot, Poinsinet, Freron, padre é hijo, y la Porte, á los cuales escuchaba dándose importancia, los sufría, les sonreía, los desdenaba, los despedía y los llamaba. Después seguía diciendo): De este modo te se diría, primero, que eras un hombre de talento; lo leerías después en la *Historia de los tres siglos*; te convencerías por último de que efectivamente lo eras, y el sábio *Rameau* se admiraría al dulce murmullo del elogio que resonaría en sus oídos. Aun durmiendo, estarías satisfecho: tu pecho se dilatara y contraería con libertad, roncando como un hombre tranquilo... (Y al decir esto se dejaba caer muelle-

mente sobre una banqueta, cerraba los ojos y fingía el sueño feliz que imaginaba. Después de haber gozado algunos instantes la dulzura de este reposo, se despertaba, estendia los brazos, bostezaba, se frotaba los ojos y buscaba todavía á su alrededor á los insípidos aduladores.)

Yo—¿Cree V. entonces que el hombre feliz tiene su sueño?

El—Si: lo creo. Yo, pobre infeliz, cuando á la noche regreso á mi guardilla y me meto en cama para abrigarme, quedo encogido bajo mi envoltura, con la respiracion fatigosa como una especie de quejido que apenas se escucha, mientras que un potentado hace retremblar su habitacion y se le oye en la calle. Pero lo que hoy me aflige no es roncar y dormir mezquinamente como un miserable...

Yo—No obstante, eso es triste.

El—Lo que me ha sucedido lo es mucho más.

Yo—¿Que ha sido, pues?

El—V. ha tenido siempre algun interés por mí. Yo soy un pobre diablo á quien usted desprecia en el fondo, pero que le divierte.

Yo—Es verdad.

El—Yo se lo voy á decir, (Antes de empezar lanza un profundo suspiro, lleva las

manos á la cabeza, y tomando un aire tranquilo, me dice:)

El—Sabe *V.* ya que soy un ignorante, un necio, un loco, un impertinente, un perezoso.

Yo—¡Que panegírico!

El—Es exacto en todo: no hay ninguna palabra que suprimir. Pero dejemos esa cuestión, si *V.* quiere. Nadie me conoce mejor que yo mismo, y aun no lo digo todo.

Yo—No quiero incomodar á *V.* Por lo tanto, convendré en todo.

El—Pues bien: yo vivía con personas que me habían admitido en su compañía, precisamente porque estaba dotado en alto grado de todas esas cualidades.

Yo—Eso es singular: hasta ahora había siempre creído que se las ocultaba uno á sí mismo y que se perdonaban ó se despreciaban en los demás.

El—¡Ocultarlas! ¿Y puede hacerse eso? Tenga *V.* la seguridad de que cuando Pali-sot está solo y se analiza á sí mismo, se llama muchas más cosas. Crea *V.* que á solas con su colega, se confiesan con franqueza que no son más que dos insignes palurdos de mala intencion. ¡Despreciarlas en los demás! Mis amigos eran más justos, y mi carácter me

contenia al lado de ellos: estaba con todas las comodidades posibles; se me acariciaba y no se me abandonaba un momento sin sentimiento: yo era su pequeño Rameau, su lindo Rameau, su Rameau loco, impertinente, ignorante, perezoso, gloton. No habia uno de estos epítetos que no me valiese una sonrisa, una caricia, un golpecito en la espalda, una bofetada ó un puntapié: en la mesa tenia una buena tajada que me echaban en el plato; y fuera de la mesa, una libertad de la que hacía uso á mi capricho, porque no temia ningun mal resultado. Se hacia de mi, ante mí y conmigo todo lo que se queria, sin que yo me incomodase. ¡Y cuantos regalos recibia! ¡Que bruto soy! Todo lo he perdido! Todo, por haber tenido sentido comun una vez, una sola vez en la vida. ¡Ah! si esto me vuelve á suceder!

Yo—¿De qué se trata, pues?

El—¡Rameau! ¡Rameau! ¿Estabas preparado para esto? La tonteria de haber tenido algun gusto, alguna razon, Rameau, amigo mio, os hará conocer como Dios os ha hecho y como vuestros protectores os querian. Por eso se os ha cogido por el cuello, se os ha conducido á la puerta y se os ha dicho: «Bribon, alejaos, no volvais á aparecer mas. Aqui no se necesita tener buen sentido, razon, fé. Alejaos.

Nosotros tenemos esas cualidades en grado superlativo.» Te fuiste mordiendo los labios, y es tu lengua maldita la que debias morder antes. Por no haber reflexionado bastante, te encuentras en la calle, sin dinero y sin saber á donde ir. Estabas bien alimentado y ahora tendrás que mendigar otra vez: estabas bien hospedado, y ahora serás muy feliz si te dan tu guardilla: tenias buena cama, y ahora te espera la paja del cochero del Sr. Soubise y del amigo Roblé: en vez de un sueño dulce y tranquilo como le tenias, oirás, con un oido el relincho y pataleo de los caballos, y con el otro el ruido mil veces mas insoportable de gusanos secos y duros que parecen poseidos del diablo.

Yo—¿Pero no hay medio de reconciliarse? ¿La falta que V. ha cometido es tan imperdonable? En vuestro lugar, yo iria otra vez á verlos, porque V. les es más necesario de lo que cree.

El—¡Oh! Tengo la seguridad de que ahora que no me tienen á mi para hacerlos reir, se aburren soberanamente.

Yo—Por mi parte, yo iria á su encuentro: no les dejaria pasar sin mi todo ese tiempo durante el cual pueden encontrar alguna otra

distraccion, porque ¿quién sabe lo que puede suceder?

El—Eso no lo temo; no puede ocurrir.

Yo—Por muy extraordinario que V. sea, algun otro podrá reemplazarle.

El—Dificilmente.

Yo—Conformes. Sin embargo, yo iría con ese rostro pálido, esa mirada extraviada ese cuello descubierto, ese cabello despeinado; en el estado verdaderamente trágico en que usted se encuentra: me echaria á los piés de la divinidad; y, sin levantarme, le diria en voz baja y entrecortada: «Perdon, señora, perdon! Soy un indigno, un infame. Aquel fué un desgraciado instante, porque V. sabe que yo no estoy sujeto á tener sentido comun, y le prometo á V. no tenerle más en mi vida.»

(Lo chistoso es que mientras yo pronunciaba estas palabras, él ejecutaba la pantomima; se prosternaba, inclinaba su rostro hasta el suelo y creía tener en sus manos la punta de una zapatilla, sollozaba y decía: «Si, mi reina, si: lo prometo, no lo tendré más en mi vida, en mi vida.....») Despues, levantándose bruscamente, añadió con tono serio y reflexivo.

El—Si, V. tiene razon; creo que eso es lo mejor. M. Vieillard dice que ella es muy

buena y yo sé, hasta cierto punto, que lo es: sin embargo, humillarse ante una g..., pedir misericordia á los piés de una bufona á la cual persiguen siempre los silvidos de la muchedumbre! Yo, Rameau, hijo de Rameau, farmacéutico de Dijon, que es hombre honrado, que no ha doblado nunca la rodilla ante nadie! Yo, Rameau, que me paseo por el Palacio-Real, derecho y con las manos al aire desde que M. Carmontelle me pintó encorvado y con las manos debajo de los faldones de mi levita! Yo, que compuse piezas para piano, que nadie toca, pero que serán quizás las únicas que pasen á la posteridad, la cual hará uso de ellas; yo, yo en fin, yo iría!.... Fingir, señor, eso no se puede (y colocádo la mano derecha sobre el pecho, añadía:) Siento aquí algo que late y me dice: Rameau, tu no harás eso. Es preciso que exista unida á la naturaleza del hombre cierta dignidad que nada puede sofocar. Eso no tiene ningun fundamento; si, ningun fundamento, porque hay dias en que no me costaria ningun trabajo ser tan vil como quisiera, y en dichos dias, por un ochavo besaría el c.... de una c....

Yo.—Si la idea que yo le propongo á V. no le conviene, tenga V. valor para ser mendigo.

El.—Es muy triste ser mendigo, mientras hay tantos necios opulentos á espensas de los cuales se puede vivir. Además, el desprecio de uno mismo es insoportable.

Yo.—¿Conoce V. ese sentimiento?

El.—¡Si lo conozco.! Cuantas veces me he dicho: ¿En qué consiste, Rameau, que haya en Paris diez mil mesas buenas, con quince ó veinte cubiertos cada una, y no sea ninguno para ti? ¡Hay muchas bolsas llenas de oro que se derrama á derecha é izquierda, y ni una moneda llega á tus manos! Mil insignificantes séres sin talento, sin mérito, mil criaturas sin encantos, mil cobardes intrigantes van bien vestidos, y tu vas desnudo: y ¿serás imbecil hasta este punto? ¿Es que tu no sabes adular, mentir, jurar, perjurar, prometer, obedecer y faltar como cualquiera de ellos? ¿Es que tu no serías capaz de andar á cuatro piés, favorecer las intrigas de la señora, llevar el billete amoroso del señor, escitar á un jóven para que hable á la señorita ó persuadir á esta de que debe escucharle, como ellos son capaces de hacerlo? ¿Es que no te atreverías á decir á la hija de alguno de nuestros burgueses que está mal vestida, que unos bonitos pendientes, unas blondas ó un vestido á la polonesa le sentarian á las mil maravillas;

que sus piés no se han hecho para andar por la calle y que un hermoso señor, jóven y rico, que tiene un traje bordado de oro, un magnífico tren y seis lacayos; que la vió al pasar, la encontró encantadora, ha perdido desde ese dia el apetito y el sueño, y muriendo está de amor por ella?—Pero ¿y mi papá?— Bueno, bueno: vuestro papá se incomodará algo —¿Y mamá, que tanto me recomienda que sea honrada; que me dice que no hay nada en este mundo mas que el honor?—Antigua máxima que nada significa—¿Y mi confesor?—No le vereis más. Y si persistís en el capricho de ir á referirle la historia de vuestros pasatiempos, os costará algunas libras de azúcar y café—Es un hombre severo que ya rehusó darme la absolucion por cantar: *Viens dans ma cellule*—Fué porque no teniais nada que darle; pero cuando os presentéis á él cubierta de lentejuelas...—¿Las tendré, pues?—Sin duda alguna; y las tendreis de todas clases... tendreis tambien costosos pendientes con diamantes...—¿Tambien pendientes con diamantes?—Si—¿Como los de esa marquesa que viene algunas veces á comprar guantes á nuestro comercio?—Justamente... en un magnífico coche con caballos tordos, dos lacayos, un jóven negro y el postillon delante—¿Iré al baile?—

Al baile, á la Opera, á la Comedia... (el corazón le saltaba con la alegría)=¿Qué es eso que tienes en la mano?—No es nada=¿Me parece que algo es?—Si: una carta=¿Para quien?—Para V., si es algo curiosa=¿Curiosa? Lo soy mucho: veamos (lee la carta) ¡Una entrevista!; eso no puede ser=Al ir á misa.... =Mamá me acompaña siempre. Pero si él viniese aquí de madrugada, sería la primera en levantarme y bajaría á la tienda antes de que despertase..... El asiste á la cita, la contenta, y un día al anochecer desaparece la muchacha y á mi se me dan dos mil escudos.../Como!¿Tienes talento y careces de pan? ¡No tienes vergüenza, desgraciado!.... Recuerdo ahora á una colección de bribones que no sirven para descalzarme y viven en la opulencia.

Yo estaba generalmente de gaban y ellos estaban cubiertos de terciopelo; se apoyaban en bastones con puño y regatón de oro y sabían *Aristóteles* y *Platón* al dedillo. ¿Qué eran, sin embargo, más que miserables seres ineptos, y hoy son una especie de señores? Entonces me sentía con valor, ideas levantadas, espíritu sutil y capaz de todo. Pero estas felices disposiciones no existían más que aparentemente, porque hasta ahora solo he podido

seguir un cierto camino. Sea de esto lo que quiera, he ahí el tema de mis frecuentes soliloquios, que V. puede comentar á su capricho, puesto que V. deducirá de ellos que conozco el desprecio de uno mismo; ese tormento de la conciencia que nace de la utilidad de los dones que el cielo nos ha repartido, y que es el mas cruel de todos. Para esto casi seria mejor que no hubiésemos nacido.

Yo le escuchaba; y á medida que reseñaba la escena entre él y la jóven que sedujo, con el alma agitada por dos opuestos movimientos, no sabia que hacer; si echarme á reir ó indignarme. Sufria; veinte veces una careajada impidió que mi cólera estallase, y otras veinte la ira que se elevaba desde el fondo de mi corazón, terminó por una risotada. Estaba confundido al ver tanta sagacidad y tanta bajeza, ideas tan justas y alternativamente tan falsas, una perversidad tan general de sentimientos, una ignominia tan completa y una franqueza tan poco comun. Se dió cuenta del estado en que me encontraba y me dijo:

El—¿Qué tiene V.?

Yo—Nada.

El—Me parece que está V. turbado.

Yo—Si; lo estoy.

El—Pero, veamos ¿Qué me propone V?

Yo=Cambiar de ideas. ¡Ah, desgraciado!
¡A que grado de abyeccion llegó V.!

El=Convengo en ello; pero que mi estado no le interese á V. tanto: mi propósito al franquearme con V. no era, de ningun modo, el disgustarle. Entre esta gente he ahorrado algo. Fijese V. en que yo no tenia necesidad de nada, absolutamente de nada, y se me concedia un tanto para mis pequeños gastos.

(NOTA. Hay en el manuscrito un claro, y debe suponerse que los interlocutores entraron en el café donde habia un piano.)

(Comenzó á golpearse la frente con uno de sus puños, á morder el labio y á dirigir al cielo su mirada descompuesta, añadiendo:) Esta es cosa hecha: yo no andube como debía; el tiempo ha pasado, y esta falta se ha acumulado á otras.

Yo.=¿Quiere V. decir perdido?

El.—No, no, acumulado. Uno se enriquece á cada instante: un dia menos de vida ó un escudo más, es igual: lo importante es disfrutar de completa salud. Hé ahí el gran resultado de la vida en todos los estados. En el último momento, todos son igualmente ricos: tanto Samuel Bernard, que *robando, ultrajando, faltando á su palabra* deja veinte

y siete millones en oro, como Rameau que no deja nada, y al cual hasta la mortaja tendrán que darle por caridad. El muerto no oye tocar las campanas; en vano cien sacerdotes se desgañitarán por él, é ira precedido y seguido de una larga fila de hachas encendidas: su alma no marchará al lado del maestro de ceremonias. Corromperse bajo marmol ó bajo tierra, es lo mismo. Tener alrededor de su ataúd monaguillos ó no tener á nadie ¿significa algo? Estais viendo estos puños rígidos como el demonio; sus diez dedos eran otros tantos palos unidos á un metacarpio de madera y sus tendones, viejas cuerdas de vihuela, mas secas, mas tirantes y mas inflexibles que las que han servido para la rueda de un tornero; pero yo tanto las he atormentado y tanto las he gastado, que ya no quieren servir. ¿Tu no quieres servir? Pues yo, ¡voto al diablo! te digo que servirás, y esto ha de ser...

(Y al decir esto, con la mano derecha habia cogido los dedos y la muñeca de la izquierda y les daba vuelta por todos lados; las extremidades de aquellos tocaban al brazo, las articulaciones estallaban y yo temia que dislocase todos los huesos.)

Yo=Tenga V. cuidado; se va V. á lastimar.

El=No tema V.: están acostumbrados: desde hace diez años que los he habituado. A pesar de que ya lo hacían, ha sido necesario obligarlos á tomar la costumbre de colocarse con toda comodidad sobre las teclas y saltar sobre las cuerdas. Por eso ahora van á donde se quiere....

(Al mismo tiempo se pone en actitud de tocar un violin y tararea un *allegro* de Locatelli: su brazo derecho imita el movimiento del arco y su mano izquierda parece pasearse á lo largo del mástil. Si da una nota falsa, se detiene, estira ó afloja la cuerda, la puntea con la uña para asegurarse de que está bien, y continúa en la misma nota en que habia quedado. Marca el compás con el pié y agita la cabeza, los piés, las manos, los brazos, todo el cuerpo, ofreciéndome la imagen del mismo suplicio, y causandome casi la misma pena que cuando he visto, como ha sucedido más de una vez en algun concierto religioso, á Ferrari, Chiabrau ó algun otro músico notable con las mismas convulsiones; porque ¿no es triste ver el tormento en aquel que se ocupa en hacernos conocer el placer? Corred entre ese hombre y yo una cortina que me lo oculte, si es necesario que se me aparezca como un paciente. En medio de esas agitacio-

nes y de esos gritos, si se presentaba un calderon, una de esas partes armoniosas en que el arco se mueve lentamente sobre varias cuerdas á la vez, su rostro parecia estasiarse, su voz se dulcificaba y se escuchaba con arrobamiento; los acordes resonaban seguramente en sus oidos y en los mios; despues, haciendo que ponía el instrumento debajo del brazo izquierdo é inclinando al suelo la mano derecha con el arco, me dijo:) ¿Que le parece á V. de esto?

Yo—Perfectamente.

El—Yo creo que va bien: por lo menos suena tanto como lo que tocan los del oficio.

(Al decir esto se encogió como un músico sentado al piano.)

Yo—Le ruego no se moleste, por V. y por mi.

El—No, no; ya que V. me estima tiene que escucharme. Yo no quiero de ningún modo una aprobacion que se me otorga sin saber porque. V. me aplaudirá con mas conomiento de causa, y esto me valdrá algun discípulo.

Yo—Yo tengo pocos conocimientos y por lo tanto, se vá V. á molestar inutilmente.

El—Yo no me canso nunca.

(Como comprendi que era inútil rogarle nada, porque la tocata en el violin lo habia

hecho sudar, tomé el partido de dejarle hacer lo que quisiese. Estaba como sentado al piano, con las piernas dobladas, la cabeza levantada y mirando al techo (en el cual veía, según afirmaba, una partitura escrita) cantando, preludiando, ejecutando una pieza, no sé si de Alberti ó de Galuppi. Su voz iba como el viento y sus dedos se retorcian sobre las teclas. Sucediáanse en su rostro las pasiones; se distinguía en él la ternura, la cólera, el placer y el dolor; se notaban los *pianos* y los *fuertes*, y tengo la seguridad de que uno más hábil que yo hubiera reconocido el fragmento en el movimiento, en el carácter, en el tono y en algunos rasgos característicos que se le escuchaban à intervalos. Pero lo extraordinario es que de vez en cuando, dudaba, volvía atras como si se hubiese equivocado, y se dolía de no tener la misma agilidad en los dedos). En fin, V. ya ve—dijo levantándose y enjugando las gotas de sudor que le corrian á lo largo de las mejillas—que sé tambien colocar una tercera, una quinta, y que el encadenamiento de las dominantes me es familiar.

Esos pasages inarmónicos, con los cuales mi querido tio pretendía hacer tanto ruido, no son lo mismo que beberse el mar. Vencemos sin esfuerzo la dificultad.

Yo—Se ha molestado V. bastante para demostrarme que es sumamente hábil, y yo le habría creído bajo palabra.

El—Sumamente hábil ¡oh! no. Mi profesión la conozco casi por completo, y esto es más de lo que se necesita, porque en este país ¿hay obligacion de saber lo que se enseña?

Yo—Si, lo mismo que de saber lo que se aprende.

El—Eso es exacto: á fe mia! ¡muy exacto! Ahora, señor filósofo, con la mano sobre el corazón, diga V. con franqueza: hubo un tiempo en que V. no era tan severo como hoy.

Yo—Todavía no lo soy con exceso.

El—V. no irá ya al Luxemburgo en verano..... ¿Se acuerda V?....

Yo=Dejemos eso; si, me acuerdo.

El=Con paletot de felpa gris.

Yo=Si, si.

El=Sin pelo por uno de los lados, con las mangas rotas y medias de lana negra cosidas por detrás con hilo blanco.

Yo—¡Oh! Si, si; todo como V. quiera.

El=¿Que hacia V. entonces en el paseo de los Suspiros?

Yo=Un papel bastante triste.

El—Al salir de allí, *V.* corría por el embaldosado.....

Yo—Conformes.

El—¿No daba *V.* lecciones de matemáticas?

Yo—Sin saber una palabra. ¿No es esto á lo que *V.* quería venir á parar?

El—Justamente.

Yo—Aprendía enseñando á los demás, y tuve algunos discípulos aventajados.

El—No digo que no; pero la música no es como el álgebra ó la geometría. Hoy que es *V.* un gran señor.....

Yo—No tan grande.

El—Que tiene *V.* dinero.....

Yo—Tengo bastante poco.

El—Busca *V.* maestros para su hija.

Yo—Por ahora no: su madre es la encargada de su educación, porque es preciso que todos tengamos paz en nuestras casas.

El—¡La paz en mi casa! ¡Por vida mia! Casa no se tiene sino cuando uno es criado ó amo, y esto último es lo que se necesita ser..... Yo tuve una mujer..... ¡Dios haya recogido su alma! Cuando alguna vez me perdía el respeto, me ponía irritado, reñía con furor, decía como Dios; «Hágase la luz» y la luz se hacía. De este modo, en cuatro años no

nos hemos dicho diez veces una palabra más alta que otra. ¿Qué edad tiene su niña de V?

Yo—No conduce á nada el decirlo.

El—¿Qué edad tiene su niña de V.?

Yo—¡Que diablo! Dejemos á mi niña y su edad, y volvamos á los maestros que ha de tener.

El—¡Pardiez! No conozco nada tan testarudo como un filósofo. Aun pidiéndolo con la mayor humildad, ¿no podrá saberse, señor filósofo, que edad aproximada tiene esa señorita?

Yo—Supóngale V. ocho años.

El—Ocho años! Ya hace cuatro que sus dedos debian pisar las teclas.

Yo—Pero quizás no me conviniese incluir en el plan de su educacion un estudio que ocupa tanto tiempo y que sirve para tan poco.

El—¿Que le enseña V., pues?

Yo—A razonar como se debe; cosa tan poco común entre los hombres, y mucho mas rara entre las mugeres.

El—Déjela V. razonar como quiera, con tal de que sea bonita, alegre y coqueta.

Yo—Por lo mismo que la naturaleza ha sido bastante ingrata con ella dándole una

organizacion delicada con una alma sensible y exponiéndola á las mismas penas de la vida que si tuviese una organizacion fuerte y un corazon de bronce, quiero enseñarle, si puedo, á soportar con valor estas contrariedades.

El—Déjela V. llorar, hacer remilgos y tener los nervios escitados, como las demás, con tal de que sea bonita y coqueta. ¿Como! ¿No le enseña V. à bailar?

Yo—No, porque no se precisa saber eso para hacer una reverencia, tener una postura digna, presentarse bien y saber andar.

El—¿Tampoco el canto?

Yo—Tampoco. Nada mas que lo necesario para pronunciar bien.

El—¿Y la música?

Yo—Si hubiese un buen maestro de armonía, dejaría con gusto que dedicase á ella dos horas diarias, durante uno ó dos años.

El—¿Y en lugar de los conocimientos esenciales que V. suprime, qué prodremos?

Yo—Pongo la gramática, la fábula, la historia, la geografía, un poco de dibujo y mucho de moral.

El—¿Cuan fácil me seria probar á V. la inutilidad de todos esos conocimientos en un mundo como el nuestro! ¿Que digo, inutilidad? ¡quizás el peligro! Pero dejemos ahora

esa cuestion: ¿no necesita uno ó dos maestros?

Yo—Sin duda al una.

El—¡Ah! ¡He ahí la cuestion! ¿Espera V. que esos maestros que den las lecciones sepan gramática, fábulas, historia, geografía ó moral? ¡Ilusiones, mi querido maestro, ilusiones! Si poseyesen esas materias con bastante estension para enseñarlas, no lo harian.

Yo—¿Y por qué?

El—Porque tendrian que haber pasado toda su vida estudiando. Es preciso conocer muy á fondo un arte ó una ciencia para poseer los elementos. Los libros clásicos solo pueden ser bien hechos por los que han encanecido en el estudio: unicamente el medio y el fin es capaz de aclarar las tinieblas del principio. Pregunte V. á su amigo d'Alembert, corifeo de la ciencia matemática, si se encuentra en disposicion de escribir unos elementos de aquella ciencia. Solo despues de treinta ó cuarenta años de ejercicio ha entrevisto mi tio las profundidades y los primeros rudimentos de la teoria musical.

Yo—¡Oh, loco; archiloco! esclaman é; ¿En qué consiste que en tu mala cabeza se encuentran ideas tan exactas mezcladas con otras tan extravagantes?

El—Quien diablo lo sabe? El azar os las

arreja, y ellas se quedan allí. Cuando no se sabe todo, no se puede saber nada bien: se ignora á donde va una cosa y de donde viene otra, en donde ésta ó aquella deben ser colocadas; cual debe ser la primera y cual la segunda. ¿Se enseña bien sin método? Y esto ¿de que nace? Yo, mi querido filósofo, creo que la física será siempre una ciencia pobre; una gota de agua del Océano sostenida en la punta de una aguja; una arena desprendida de la cadena de los Alpes. ¡Y sin embargo, se quiere investigar las causas de los fenómenos! En verdad que seria lo mismo ignorarlo todo, que saber tan poco y tan mal: y precisamente en este estado me encontraba cuando me hice profesor de acompañamiento. ¿En qué piensa V?

Yo=En que todo lo que V. acaba de decirme es mas especioso que sólido. Pero dejemos esto. ¿V. enseñó acompañamiento y composición?

El=Si.

Yo=¿Y V. sabia algo de todo eso?

El=No ¡á fé mia! Y por eso habia algunos peores que yó: los que creian saber algo. Yo no viciaba la inteligencia ni las manos de los niños. Cuando pasaban de mí á un buen maestro, como no habian aprendido nada, tenían

menos que olvidar, y se ahorraban dinero y tiempo.

Yo—¿Como hacia V?

El=Como hacen todos. Llegaba y me sentaba en una silla. Se hablaba del tiempo si estaba bueno ó malo, y enseguida referia algunas noticias: «La señorita Lemierre va á hacer un papel de Vestal en la ópera nueva, pero es muy gruesa y aun no se sabe quien la sustituirá en la segunda representacion. Se dice que la señorita Arnould, que acaba de abandonar á su conde, está en relaciones con Bertin. Aquel encontró, sin embargo, la porcelana de M. Montami. Habia en el último concierto de los aficionados, una italiana que cantaba como un ángel. Es un cuerpo raro ese Preville; se necesita verle en *Mercure galant*: la escena del enigma no tiene precio!... Ese pobre Dumesnil no sabe lo que dice ni lo que hace... Vamos, señorita: coja V. su libro...» Mientras ella busca con calma el libro, que se ha extraviado, llama á una doncella y le riñe, yo continúo: «La Clairon es verdaderamente incomprensible. Se habla de un matrimonio sumamente extravagante: el de la señorita.... ¿cómo le llama V?; una criatura que. . engañaba, y que... que habia sido engañada por otros.=Vamos, Rameau, V. disparata; eso no

puede ser.—Yo no disparato: hasta se dice que la cosa está hecha. Corre la noticia de que Voltaire ha muerto; tanto mejor.—¿Y por qué?—Porque va á proporcionarnos algunas graciosas locuras, pues tiene por costumbre morir e quince dias antes de publicarlas... «¿Qué mas le diré á V.? Contaba algunas pillerías que oia en las casas donde habia estado, porque nosotros contamos todo lo que oimos: fingia el loco y me escuchaban y se reian de mi, diciendo: «Está siempre encantador» Por fin aparece el libro debajo de un sillón á donde habia sido llevado, mordido y roto por un pequeño dogo ó por un gato. La jóven se sienta entonces al piano y empieza á hacer ruido; yo me aproximo, despues de haber hecho un signo de aprobacion á su mamá, que me dice: «No va mal, pero si ella quisiera podia ir mejor: le gusta más perder el tiempo en charlar, en andar de paseo, en cualquier otra cosa, menos en eso. Tan pronto V. marcha, cierra el libro y ya no le vuelve á abrir hasta que V. regresa: y V. no le riñe....» Como despues de esto era preciso hacer algo, le cogia las manos y se las colocaba de otro modo, me incomodaba y gritaba: «*Sol, sol, sol*, señorita: este es un *sol*» y la madre añada: «Señorita, ¿no tiene V. oidos? Yo, que no sé el piano, ni

veo el libro, comprendo que es necesario un *sol.* Da V. un trabajo infinito al señor: yo no concibo su paciencia; V. no retiene nada de lo que le dice, y no adelanta un paso.....» Entonces yo la contenía un poco, y meneando la cabeza le decía: «Perdóneme V., señora, perdoneme V.; eso no podría ser si la señorita quisiese, si estudiase un poco; pero no por eso va mal.» La madre: «En vuestro lugar, yo la tendría un año con la misma pieza—Oh! en cuanto á eso, la dejaré mientras no haya vencido todas las dificultades, y esto no tardará tanto como la señora cree—Señor Rameau, V. la adula, V. es demasiado bueno. He ahí lo único que retendrá de la lección y que sabrá repetir me cuando haya ocasión.....» La hora de lección pasaba de este modo; mi discípula me presentaba la targeta, con la gracia y reverencia que le había enseñado su maestro de baile, y yo la metía en el bolsillo mientras la madre decía: «Muy bien, señorita: si Fabillier estuviese aquí aplaudiría.....» Hablaba un momento más por educación, y enseguida desaparecía. He ahí lo que entonces se llamaba una lección de acompañamiento.

Yo—Luego hoy ¿son de otro modo?

El—Ya lo creo! Llego con gravedad; me presuro á quitar el gaban, abro el piano y

ensayo las teclas: estoy siempre con afectacion; y si me obligan á espera un momento, digo gritando tanto como si me robasen un escudo: dentro de una hora es preciso que vaya á tal parte y dentro de dos he de encontrarme en casa de una señora duquesa: estoy invitado á comer con una hermosa marquesa, y al salir de ahí á un concierto en casa del baron de B...

Yo = *Y* sin embargo, á *V.* no se le espera en ninguna parte.

El = Es cierto.

Yo — ¿*Y* por qué emplear todas esas bajas habilidades, esas indignas astucias?

El = ¿*Bajas*? ¿*Y* por qué? Se usan en mi estado, y yo no me avergüenzo de hacer lo que hacen todos los demás. Yo no las he inventado; y seria indigno y torpe si no me conformase con ellas. A la verdad, yo comprendo que si *V.* aplica á esto ciertos principios generales de no se que moral, que todos tienen en los labios y que nadie practica, se encontrará con que lo negro es blanco y lo blanco es negro. Pero, señor filósofo; hay una conciencia general, como hay una gramática general: despues vienen las excepciones en cada lengua, que ustedes, los sabios, llaman... ayúdeme *V.* llaman...

Yo—Idiotismos.

El=Justo. Pues bien: cada estado tiene sus excepciones de la conciencia general, á las cuales daría gustoso el nombre de *idiotismos* de la profesion.

*Yo—*Entiendo lo que V. quiere decir. Fontenelle habla y escribe bien, aunque su estilo es un hormiguero de *idiotismos* franceses.

*El—*Y el soberano, el ministro, el potentado, el magistrado, el militar, el literato, el abogado, el procurador, el comerciante, el banquero, el artesano, el maestro de canto y el de baile, todos son muy honrados, aunque su conducta se separa en muchas partes de la conciencia general, y está llena de idiotismos morales. Cuanto más antigua es la institucion, más idiotismos hay; y cuanto más desgraciados son los tiempos, más aquellos se multiplican. Tanto vale el hombre, tanto vale la profesion, y reciprocamente. En último resultado, cuanto más vale la profesion, más vale el hombre. Se debe, pues, hacer valer aquella todo lo más que se pueda.

*Yo—*Lo que yo percibo claramente en todo ese enredo, es que hay pocas profesiones que se ejerzan honradamente, ó pocas personas honradas en su profesion.

El—No, no hay nada de eso; pero en cambio lo que hay son pocos pillos fuera de su comercio; y todo marcharia bastante bien si no fuese por un cierto número de personas que se llaman asíduas, exactas, que cumplen rigurosamente con su estricto deber, ó, lo que es lo mismo, que están siempre en su comercio, cumpliendo con su profesion desde por la mañana hasta la noche y no haciendo más que eso. Estos son los únicos que se hacen opulentos y que son estimados.

Yo—A fuerza de idiotismos.

El—Eso es: veo que V. me ha comprendido. Luego, un idiotismo de casi todos los estados, porque hay en él algo de comun á todos los países y á todos los tiempos, como tambien hay necesidades comunes; un idiotismo comun es el de procurarse el mayor número de prácticas que se pueda, y una necesidad comun es el creer que el mas hábil es el que tiene mas. ¡He ahí dos excepciones á la conciencia engeneral, ante las cuales es preciso doblegarse! Es una especie de crédito, no es nada en si; pero vale para la opinion. Se dice: *adquire buena fama y échate á dormir*: sin embargo, el que tiene renombre carece de dinero, y hoy veo que al que tiene dinero no le falta renombre. Es necesario trabajar cuanto

sea posible para tener las dos cosas; y ese es mi objeto al hacer uso de lo que V. califica de bajas habilidades y de indignas astucias. Yo doy mi leccion y la doy bien: he ahí la regla general: hago creer que tengo que dar mas que horas tiene el dia: he ahí el idiotismo.

Yo = *Y* la leccion, ¿la dá *V.* bien?

El = Por lo menos, medianamente. La base fundamental del querido maestro ha simplificado mucho todo eso. En otro tiempo, robaba el dinero á mi discípulo; si, lo robaba, estoy seguro de ello; pero hoy lo gano, por lo menos, tan bien como los demas.

Yo = ¿*Y* lo robaba *V.* sin remordimientos?

El = ¡Oh sin remordimientos! Dícese que el diablo se rie cuando un ladron roba á otro. Los padres poseian una fortuna adquirida, Dios sabe como: eran todos cortesanos, potentados, comerciantes al por mayor, banqueros ó agentes de negocios: yo los ayudaba á restituir, acompañado de otra porcion de individuos á quienes ellos empleaban del mismo modo que á mi. En la naturaleza se devoran todas las especies, y en la sociedad todas las condiciones. Nosotros nos hacemos justicia los unos á los otros, sin que la ley intervenga para nada. La Deschamps en otro tiempo, y hoy la Guimard, vengan al princi-

pe del hacendista; y el joyero, el tapicero, la modista, el lencero, el estafador, la doncella, la cocinera y el guarniciero son los que venden al financiero de la Deschamps. En medio de todo esto, no hay más que el imbécil ó el ocioso que se perjudique sin haber molestado á nadie, lo cual le está muy bien empleado. Ya ve V., pues, que esas excepciones á la conciencia general ó esos idiotismos morales de que tanto se habla bajo la denominacion de utilidades ilícitas, no son nada; y en todo caso, no hay en ellos más que la eleccion, que es preciso que sea buena.

Yo—Admiro la de V.

El—¡Y después la miseria! La voz de la conciencia y la del honor son bien débiles cuando el estómago pide algo. Si yo algun día me hago rico, será preciso que restituya, y estoy dispuesto á hacerlo de todas las maneras posibles; por medio de la mesa, del juego, del vino y de las mujeres.

Yo—Temo que no se hará V. nunca rico.

El—Yo tengo la misma sospecha.

Yo—Si V. llegase á conseguirla por otro medio ¿qué haría?

El—Haría lo que todos los mendigos que varían de estado: ser el palurdo más insolente que se hubiese conocido. Entonces me acor-

daría de todo lo que me habian hecho sufrir, y les devolveria todos los anticipos que de ellos hubiese recibido. Me gusta mandar, y mandaria. Me agrada que se me ensalce, y satisfaria mi deseo. Tendria á mis órdenes una coleccion de aduladores, bufones y parásitos, á los cuales les diría, como á mi se me dijo: «Vamos, bribones, divertirme» y se me divertiría: «que se eche fuera á las personas honradas» y se las echaria si todavia se encontrasen allí. Y despues tendríamos muchachas; nos tutearíamos cuando estuviésemos borrachos; contaríamos cuentos y tendríamos toda clase de estravagancias y de vicios. ¡Esto seria delicioso! Probaríamos que Voltaire carece de génio, que Buffon, siempre subido en sus zancos, no es más que un cómico ampuloso; que Montesquieu es un buen sentido, y enviariamos á d' Alembert á sus matemáticas. Aventajaríamos en todo á esos pequeños Catones como V. que nos desprecian por envidia, que no conocen más que el orgullo y cuya sobriedad es la ley de la necesidad. ¡Y en cuanto á la música!.. Entonces nos dedicariamos á ella.

Yo=Ahora que conozco el digno empleo que V. haria de la riqueza, comprendo que es una gran desgracia que V. sea pobre. Viviria

V. de una manera muy honrosa para la especie humana, muy útil para sus conciudadanos y muy gloriosa para V.

El—Yo creo que V. se burla de mi, señor filósofo. V. no sabe á quien juzga; V. no sospecha que en este momento represento la parte más importante de la corte y de la villa. Nuestros opulentos, en todos los estados, se dicen á si mismos lo que yo le he dicho á V; y el hecho es que la vida que yo defiendo es exactamente la suya. He ahí en lo que están ustedes equivocados. V. cree que todos deben poseer la misma dicha: ¡qué extraña ilusión! La de V. supone un cierto grado de espíritu novelesco que nosotros no tenemos; es un alma singular y un gusto raro. Decora usted esa estravagancia con el nombre de virtud; se llama V. filosofía; pero ¿la virtud, la filosofía se han hecho para todo el mundo? La tiene y la conserva el que puede. Imagine V. el universo sábio y filósofo y tendrá que convenir conmigo en que seria excesivamente triste. ¡Viva la filosofía! ¡viva la sabiduría de Salomon! Beber buenos vinos, llenarse de delicados manjares, vivir con lindas mujeres y reposar en lechos, bien mullidos: exceptuado esto, lo demás es tan solo vanidad.

Yo—¿Como! ¿Y defender su pátria?

El—Vanidad! Ya no hay pátria: yo no veo de un polo al otro mas que tiranos y esclavos.

Yo—¿Y servir á sus amigos?

El—Vanidad! ¿Cree V. que hay amigos? Aunque se tuviesen, ¿seria necesario convertirlos en ingratos? Fijese V. bien y verá que es casi siempre esto lo que se recoge de losservicios prestados. La gratitud es una carga, y toda carga se hizo para ser sacudida.

Yo—¿Y tener un estado en la sociedad y llenar los deberes á él inherentes

El—Vanidad! ¿Qué importa tener ó no un estado, con tal que se tenga dinero, si al fin solo se adquiere aquel para conseguir este? Llenar sus deberes ¿á que conduce esto? A la turbacion, á la inquietud, á la persecucion. ¿Es asi como uno progresa? Hacer la córte, ver á los opulentos, estudiar sus gustos, acceder á sus caprichos, satisfacer sus vicios y aprobar sus injusticias: he ahí el secreto.

Yo—¿Y cuidar de la educacion de sus hijos?

El—Vanidad! De eso se encaran los maestros.

Yo—¿Y si ese maestro, penetrado de los mismos principios de V. olvida, sus deberes, quien es el que sale perdiendo?

El—¡A fé mia! no seré yo, sino quizás el marido de mi hija ó la esposa de mi hijo.

Yo—¿Y si tanto uno como otro se precipitan en el libertinaje y en los vicios?

El—Eso pertenece á su estado.

Yo—¿Y si se deshonoran?

El—Hagan lo que quieran, no se pueden deshorrar siendo ricos.

Yo—¿Y si se arruinan?

El—Tanto peor para ellos.

Yo—Creo que negándose V. como se niega á velar por la conducta de su esposa, de sus hijos y de sus criados, podrá V. olvidar también con facilidad sus asuntos.

El—Perdone V. Algunas veces es difícil encontrar dinero, y es prudente tenerlo con anticipación.

Yo—¿V. dará poco cuidado á su esposa?

El—Ninguno, si V. quiere. Yo creo que el mejor procedimiento que cada uno debe observar con su cara mitad, es hacer lo que le convenga. En opinion de V. ¿no seria la sociedad mucho más divertida si cada uno se ocupase tan solo de si mismo?

Yo—¿Y porqué? Nunca es tan bella para mi la noche como cuando estoy contento desde la mañana.

El—Y para mi tambien.

Yo—Lo que hace á los hombres de mundo tan delicados en sus diversiones, es su profunda ociosidad.

El—Yo no creo eso, porque se agitan mucho.

Yo—Como no se fatigan nunca, por eso tampoco descansan.

El—No lo crea V.; tienen siempre que hacer más de lo que pueden.

Yo—El placer es siempre para ellos un accidente, nunca una necesidad.

El—Tanto mejor: la necesidad es siempre una pena.

Yo—Ellos lo apuran todo. Su alma se embrutece y se apodera de ellos la tristeza. El que les quitase la vida en medio de su molesta abundancia les haria un favor, pues solo conocen de la dicha la parte que más pronto se debilita. Yo no desprecio los placeres de los sentidos: tengo tambien paladar que se deleita con manjares delicados y vinos esquisitos, tengo corazon, tengo ojos, y me encanta ver una mujer bonita, sentir en mi mano la impresion..... notar le voluptuosidad en sus miradas..... Algunas veces, la relajacion, con mis amigos aunque sea un poco tumultuosa, no me desagrada. Pero, no tengo porque ocultarlo,

me es infinitamente mas dulce todavía socorrer á un desgraciado, terminar un asunto espinoso, dar un buen consejo, leer algo agradable, dar un paseo con un hombre ó una mujer queridos á mi corazon, pasar algunas horas instructivas con mis hijos, escribir una buena página, cumplir con los deberes de mi estado ó dirigir á la que amo algunas frases tiernas y dulces que la obliguen á enlazar sus brazos alrededor de mi cuello. Conozco acciones que desearia haber hecho mejor que poseer todo lo que tengo. *Mahoma* es una obra sublime; pero desearia mejor verrehabilitada la memoria de los *Calas*. Un conocido mio se habia refugiado en Cartagena: era el hijo menor, y habia nacido en un pais en que la costumbre concede al primero, ó sea al primogénito, todos los bienes. Allí supo que este niño mimado, despues de haber despojado á sus padres de todo lo que poseian, los habia espulsado de su castillo, y que los pobres viejos languidecian indigentes en un pequeño pueblo de la provincia. ¿Qué hace entonces aquel hijo, que tratado duramente por sus padres habia ido á buscar fortuna á otros paises? Les envia socorros, se da prisa para arreglar sus asuntos, se hace opulento, trae à sus padres á su domicilio y casa á sus herma-

nas. ¡Ah! mi querido Rameau; ese hombre conceptuaba aquel período como el mas feliz de su vida: lloraba cuando me lo contaba; y á mi, ahora al recitarlo, se me llena el corazon de alegría y me tiembla la voz con el placer.

El= ¡Sin ustedes seres muy singulares!

Yo= Y ustedes muy dignos de lástima si no conciben que puede uno sobreponerse á la muerte y que es imposible ser desgraciado teniendo en su vida dos acciones tan bellas como esas.

El= He ahí una especie de felicidad con la cual no me gustaria familiarizarme, porque la encuentro rara. Segun V. ¿será preciso ser honrado?

Yo= Para ser feliz, con seguridad.

El= Sin embargo, veo una infinidad de personas honradas que no son felices, y otra infinidad de ellas que son felices y no son honradas.

Yo— Eso le parece á V.

El= Y diga V: por haber tenido sentido comun y franqueza un momento, ¿no me veo hoy sin tener en donde comer?

Yo= ¡Oh! no: es por no haberlos tenido siempre, es por no haber aprovechado el momento oportuno para proporcionarse un mé-

dio de vivir independiente de la servidumbre.

El=Independientemente ó no, el que yo me proporcioné es el más cómodo.

Yo=Y el menos seguro y honrado:

El=Pero el más conforme con mi carácter de holgazan, necio y perdido.

Yo=Conformes.

El=Y ya que puedo llegar á la felicidad por medio de los vicios que me son naturales, que adquirí sin trabajo, que conservo sin esfuerzo, que cuadran con las costumbres de mi nacion, que son del gusto de los que me protejen y más análogos á sus insignificantes necesidades particulares que los reprimen, acusándolos desde la mañana hasta la noche, sería muy singular que fuese á atormentarme como un alma condenada para hacerme lo que no soy, darme un carácter extraño al mio, cualidades muy estimables, convengo en ello, pero que me costaria mucho adquirir y practicar, y que no me lisongearian nada; quizás peor que nada, porque sería la sátira continua de los ricos, al lado de los cuales tienen que buscar su vida los indigentes como yo. Se ensalza la virtud, pero se huye de ella, se la teme porque nos hiela, y en este mundo es preciso tener los piés calientes. Ademas me

daria infaliblemente mal humor: ¿porqué, si no, vemos frecuentemente á los devotos tan duros de corazon, tan empalagosos, tan insociables? Porque se impusieron una mision que no es natural en ellos; sufren y hacen sufrir á los demás. Estas no son mis ideas, ni las de mis protectores: es necesio que yo sea alegre, dócil, complaciente, bufon, y bromista. La virtud se hace respetar, y el respeto es incómodo; se hace admirar, y la admiracion no divierte. Yo entretengo á esas personas que se aburren y necesitan que yo las hagareir: y como el ridículo y la locura son lo único que causa risa, por eso es necesario que sea ridículo y loco; y si la naturaleza no me hubiera hecho asi, deberia yo aparentar que lo era. Por fortuna, no tengo necesidad de ser hipócrita, aunque ¡hay tantas y tantas clases, sin contar los que lo son consigo mismos! Ese caballero de La Morliere que inclina el sombrero sobre la oreja, que lleva la cabeza al aire, que os mira por encima del hombro al pasar, que sacude su larga espada sobre la pierna, que tiene un insulto dispuesto para cualquiera y parece desafiar á todo el que viene ¿qué hace? Todo lo que puede para persuadirse de que es un hombre de valor, y es un cobarde. Déle V. un castañetazo en la punta de la na-

riz, y le recibirá sin chistar. ¿Quiére V. hacerle tomar un tono humilde? Asustado al sentirse cobarde, le preguntará á V. quien se lo ha dicho ó como lo ha sabido: él mismo lo ignoraba un momento antes. Un largo y habitual remedo de bravura se habia imbuido en él y le habia proporcionado tantos filones, que lo creia ya verdad. Y esa muger que se mortifica, que visita las prisiones, que asiste á todas las juntas benéficas, que camina con los ojos bajos, que no se atreve á mirar áun hombre de frente, que está siempre en guardia contra la seduccion de sus sentidos, ¿impide con esto que su corazon se abra, que de su pecho salgan suspiros, que su temperamento se excite, que los deseos la atormenten y que su imaginacion le traiga á la memoria la noche...? Entonces, ¿qué consigue? Que sospeche de ella su doncella cuando se levanta en camisa y corre al socorro de su señora que se muere!—Justina, vuélvase V. á acostar; no es á V. á quien la señora llama en su delirio. Y el amigo Rameau, si un dia empezase á despreciar la fortuna, las mujeres, la buena comida, la ociosidad; ¿que seria? Un hipócrita. Es preciso que Rameau sea lo que es, un bandido feliz con los opulentos, y no un fanfarron de virtud ó un hombre virtuoso,

que come su corteza de pan solo ó al lado de los pobres. En resúmen, yo no me resigno de ningun modo con la felicidad ni con la dicha de algunos visionarios como V.

Yo.—Veo, querido amigo, que V. ignora lo que es eso, y que ni aun se encuentra en estado de aprenderlo.

El.—Tanto mejor, á fé mia, tanto mejor eso me haria morir de hambre, de tedio y quizás de remordimiento.

Yo.—Segun eso, el único consejo que tengo que dar á V., es que vuelva enseguida á la casa de donde fué V. imprudentemente arrojado.

El.—Y hacer lo que V. me aconsejaba simplemente, y que me repugna hacer, hasta en sentido figurado!

Yo.—¡Qué singularidad!

El.—No hay nada de singular en esto; yo quiero ser abyecto, pero serlo sin afectación. Consiento en descender de mi dignidad.... ¿Se rie V.?

Yo.—Sí: la dignidad de V. me hace reir.

El.—Cada uno tiene la suya. Yo mejor quiero olvidar la mia, pero siguiendo mi capricho, no el de otro. ¿Será preciso que se me pueda decir, arrástrate, y que esté obligado á arrastrarme? La vida del reptil, es la mia;

uno y otro la seguimos cuando se nos deja andar, pero nos enderezamos cuando nos pisan la cola: esto es lo que me ha sucedido á mi. Además V. no tiene idea de la trapisonda de que se trata. Imagine V. un melancólico y tosco personaje, aniquilado por el flato, envuelto en su bata, que se entristece á si mismo y á quien todo disgusta; que se sonrie con pena dislocando el cuerpo y el espíritu en cien posturas diversas; que considera con frialdad los gestos ridículos de mi rostro y los de mi juicio, que son mas ridículos todavía; porque, acá para nosotros, ese padre Noel, ese feo benedictino tan renombrado por sus muecas, á pesar de sus éxitos en la córte, no es, (sin que esto sea alabarme) en comparacion conmigo, ni un polichinela de madera. Yo podré atormentarme para alcanzar lo sublime de las casas de locos, pero él no lo consigue. ¿Se reirá, ó no? He ahí lo que me veo obligado á preguntarme en medio de mis contorsiones; y V. puede juzgar cuanto incomoda al talento esta incertidumbre. Pues ese hipocondriaco, con la cabeza metida en un gorro de noche que le cubre hasta los ojos, se parece á una figura inmóvil á la cual se le hubiese atado un hilo á la mandíbula que descendiese hasta debajo del sillón. Se espera que se tire

del hilo y nadie tira de él: y si la boca se entreabre, es para dirigir á V. una palabra aterradoras que prueba que no se habia fijado en V, y que han sido perdidas todas sus monerías. Esa palabra es la respuesta á una pregunta que V. le hubiese hecho cuatro dias antes; y dicha esta palabra, el resorte mastoideo se detiene y la mandíbula se cierra.

(Despues se puso á imitar á la persona de que se trataba. Se sentó en una silla con la cabeza fija, el sombrero hasta los párpados, los ojos medio cerrados, los brazos colgando, moviendo la mandíbula como un autómeta, y diciendo: «Si: V. tiene razon, señorita; es preciso revestirse de delicadeza.»)

Esta es la que decide siempre y sin apelacion, por la mañana, por la tarde, al comer, en el tocador, en el café, en el juego, en el teatro, en la cama; y, Dios me lo perdone, creo que estoy en disposicion de comprender estas últimas decisiones, pero estoy soberanamente cansado de las otras... Triste, oscuro é inexorable como el destino, es nuestra patrona. Si V. la tiene enfrente, es una moigata que hace el papel de persona importante, á la cual se le dice que es linda porque en realidad lo es, aunque tiene en el rostro algunas be-rrugas que cura siguiendo el tratado de

la señora Bouvillon. Me gusta la carne cuando es bella; pero mucha no es buena: y el movimiento es tan esencial á la materia! Es peor, mas fiera y más bestia que un ganso; quiere tener imaginaciou; es preciso persuadirla de que se le cree como á nadie; no sabe nada; y sin embargo, decide; y es necesario aplaudir sus decisiones con piés y manos, saltar de alegría y quedar pasmado de admiracion: «¡Esto es bello, delicado, está bien dicho, bien visto y singularmente sentido! ¿Como lo aprenden las mujeres? Sin estudio; por la sola fuerza del instinto, por la luz natural! ¡Tiene algo de prodigioso! ¡Y despues se nos dice que la esperiencia, el estudio, la reflexion y la educacion influyen algo!....» Y otras tonterias semejantes; y llorar de alegría, inclinarse diez veces al dia con una rodilla doblada hácia delante, la otra pierna estirada hácia atrás y los brazos extendidos hácia la diosa, indagar su deseo en sus ojos, quedar pendiente de sus labios, entender sus órden y partir como un relámpago. ¿Quién es el que quiere sujetarse á semejante papel, sino el miserable que encuentra allí dos ó tres veces á la semana con que calmar la tribulacion de sus intestinos? ¿Qué pensar de los otros, tales como Palissot, Freron, Ma-

llet y Daculard, que tienen alguna fortuna y cuyas bajezas solo pueden excusarse por las contracciones de un estómago vacío?

Yo= Nunca creí que fuese V. tan delicado.

El= No lo soy. Al principio observaba lo que hacían los demás, y después lo repetía yo, aunque un poco mejor, porque yo soy más francamente desvergonzado, más cómico, más lleno de hambre y con mejores pulmones. Desciendo aparentemente en línea recta del famoso Stentor. ...

(Y para darme una idea exacta de la energía de estas vísceras, se puso á toser con tanta fuerza que hizo temblar las vidrieras del café y llamó la atención de los jugadores de ajedrez.)

Yo= Pero ¿para qué es útil ese talento?

El= No lo adivina V.?

Yo= No: soy algo torpe.

El= Supóngase V. comenzada la disputa y la victoria incierta; yo me levanto, y con mi voz de trueno, digo: «Eso es como dice la señorita.... y eso es lo que se llama juzgar! Desafío á todos nuestros personajes, porque la expresión revela el genio.» Pero es preciso no aprobar siempre del mismo modo, porque eso sería monótono é insípido. Solo se salva uno

de esto por medio del buen juicio y de la fecundidad. Es necesario saber preparar y colocar esos tonos mayores y concluyentes; elegir la ocasion y el momento. Cuando, por ejemplo, están divididas las opiniones y la disputa llegó al último grado de excitacion; cuando no se entiende á nadie porque todos hablan á la vez, es preciso colocarse en el ángulo de la sala mas lejano al sitio de la discusion, haber preparado su esplosion con un largo silencio y caer de repente, como una bomba, en medio de los contendientes. Nadie tiene para esto tanto arte como yo. Pero en donde esto y sorprendente es en la oposicion: tengo entonaciones que acompañan con una sonrisa y una variedad infinita de gestos afirmativos, en los que entran en juego la nariz, la boca, la frente y los ojos. ¡Tengo una flexibilidad en el espinazo, un modo de doblar la espina dorsal, de subir y bajar los hombros, de estender los dedos, de inclinar la cabeza, de cerrar los ojos y quedar estupefacto como si oyese descender del cielo una voz angelical y divina! Esto es lo que satisface mi vanidad. Yo no sé si V. comprenderá bien toda la energía de esta última actitud. Yo no la he inventado, pero nadie me ha escudido en la ejecucion. Vea V., vea V.

Yo=Cierto que eso es único en su especie.

El=¿Cree V. que hay un entendimiento de mujer que resista á esto?

Yo=No: hay que convenir en que V. ha hecho todo lo que es posible de la propiedad que posee para hacerse loco y envilecerse.

El=Ellos se hubieran enorgullecido, y tontos como son, no llegarán nunca ahí. El mejor de ellos, Palissot, por ejemplo, no será nunca mas que un buen discípulo. Pero si este papel divierte desde luego, y si se halla algun placer en burlarse interiormente de la estupidez de los que con ella se embriagan, con el tiempo no da nada de si, y despues de un cierto número de descubrimientos, no queda mas remedio que repetirse. El génio y el arte tienen sus límites, y solo para Dios y algunos talentos raros, se ensancha el horizonte á medida que avanzan. Bouret es quizás uno de ellos: hay rasgos de él que me dan á mi, si, á mi mismo, la mas sublime idea. El *perrillo*, el *libro de la felicidad* y las *antorchas* en la calle de Versailles, son cosas que me confunden y humillan, lo cual es capaz de disgustar á los del oficio.

Yo=¿Qué quiere V. decir con el perrillo?

El=¿En donde vive V. pues? ¡Qué! Con

formalidad ¿ignora V. de que modo se valió este hombre original para alejar de él y hacer que siguiese al guarda sellos un pequeño perro que agradaba á este?

Yo—Confieso que lo ignoro.

El—Tanto mejor. Es una de las cosas mas bellas que se han imaginado. Toda Europa se maravilló de ella, y no hay un cortesano á quien no le haya producido envidia. V, que no carece de sagacidad, ¿qué haria en su lugar para conseguirlo? Considere V. que Bourret era querido de su perro, que el traje caprichoso de ministro asustaba al pequeño animal, y que no tenia mas que ocho dias para vencer las dificultades. Es necesario conocer todas las condiciones del problema para apreciar bien el mérito de la solucion. ¿Qué dice usted?

Yo—¡Que digo! Es preciso que le advierta que en esa clase de asuntos aun los más fáciles me embarazan.

El—Escuche V. (me dice dándome un fuerte golpe en la espalda, como es familiar.) Escuche V. y admírese. Hizo una careta que imitaba al guarda sellos, y pidió prestada una voluminosa toga á un ayuda de cámara. La vestia, se cubria el rostro con la careta y enseguida llamaba al perro, lo acariciaba y le

daba una rosquilla; despues variaba de repente la decoracion, y en lugar del guarda sellos aparecia Bouret, que llamaba al perro y le pegaba A los dos ó tres dias de estos ejercicios continuos, desde la mañana hasta la noche, el perro sabia ya escapar de Bouret, comerciante y correr al lado de Bouret, guarda sellos. Pero yo soy demasiado bueno y V. es un profano que no merece ser instruido en los milagros que se operan á su lado.

Yo—A pesar de eso, le ruego á V. me diga lo que es *el libro y las antorchas*.

El—No, no. Dedíquese V. á pasear que ya encontrará quien se lo diga, y aproveche V. la circunstancia que nos ha reunido hoy para conocer cosas que solo yo se.

Yo—Tiene V. razon.

El—Pedir prestado el traje y la peluca —me habia olvidado hablar de la peluca del guarda sellos—y hacer una careta que se le imitase; esto es lo que más me admira. Por eso este hombre goza de la más elevada consideracion; por eso posee millones. Hay cruces de San Luis que no estan pensionadas; por lo tanto ¿á qué buscar una cruz, con la probabilidad de romperse el espinazo, pudiendo alcanzar una posiciou análoga á esta, en la que nunca falta recompensa? He ahí lo

que se llama estar en grande. Estos modelos producen desaliento; tiene uno lástima de si mismo y se aburre. ¡La careta, la careta! Yo daría uno de los dedos de mi mano por haber concebido esa idea.

Yo—Pero con ese entusiasmo por las cosas bellas y ese genio que V. posee ¿no ha inventado nada?

El—Perdone V.: la actitud admirativa del espinazo, de que le he hablado à V., la conceptuo como mia, aunque quizás pueda serme disputada por algunos envidiosos. Yo creo que se ha empleado antes; pero ¿quién comprendió lo cómoda que es para reirse del impertinente á quien uno admira? Sé mas de cien modos distintos para comen-
zar la seducción de una hija al lado de su madre, sin que esta se aperciba y aun haciendo, la cómplice. A penas comenzaba la carrera y ya desdeñaba todas las maneras vulgares de entregar un billete amoroso. Tengo diez medios para hacérmelos arrebatat, y aseguro que hay entre ellos algunos nuevos. Poseo, sobre todo, el talento de envalentonar al jóven tímido y hacer salir bien de una empresa al que no tiene ni talento ni figura para ello. Si esto lo hubiese escrito, yo creo que se me concedería algun génio.

Yo—Seria V. un hombre singular.

El—Sin duda alguna.

Yo—En lugar de V. yo daria á conocer esas cosas por escrito. Seria una lástima que se perdiesen.

El—Es cierto; pero V. no sospecha el poco caso que yo hago del método y de los preceptos. El que tiene necesidad de un protocolo no adelantará gran cosa: los génios leen poco, practican mucho y se forman por si mismos. Vea V. á Cesar, Turenne, Vauban, la marquesa de Tencin, su hermano el cardenal, el secretario de este, el abate Trublet y Bouret. ¿Quién dió lecciones á Bouret? Nadie: la naturaleza es la que forma estos hombres raros. ¿Cree V. que la historia del perro y de la careta están escritas en algun sitio?

Yo—Pero á ratos perdidos, cuando la angustia de su estómago vacío ó la fatiga de su estómago lleno aleja el sueño.....

El—Pensaré en ello. Vale más escribir grandes cosas que ejecutarlas pequeñas. Entonces, el alma se eleva, la imaginacion se acalora, se inflama y se excita en vez de asustarse al lado de la pequeña Hus, de los aplausos que ese necio público se obstina en prodigar á esta mueca de la Dangeville, que de clama tan estupidamente, que anda casi do-

blada por la escena, que tiene la afectacion de mirar siempre á los ojos de aquel á quien habla, y que toma sus muecas por finura y su trote por gracia: á esa enfática Clairon, que es más flaca, más apretada, más estudiada y más empalagosa que cuanto se puede decir. Ese imbécil patio aplaude á no poder más, y no se apercibe de que nosotros somos un peloton de personas inteligentes. Es cierto que nuestro peloton se aminora un poco, pero ¿qué importa si nosotros tenemos la piel más bonita, los ojos más hermosos, mejor pico, poco apego á la verdad y un modo de andar que no es ligero, pero que tampoco es tan malo como se dice? En cambio, por lo que atañe al sentimiento, no hay nadie que nos aventaje.

Yo—¿Como dice V. todo eso? ¿Es ironia ó verdad?

El—Lo malo es que ese diablo de sentimiento es interior y no se dá á conocer por nada al exterior; pero yo que le hablo á V., sé, y sé perfectamente, que es una verdad. Si no lo es, se precisa ver cuando nos incomodamos, como tratamos á nuestros criados, abofeteamos á las doncellas y damos de puntapiés al buen amigo por poco que... se separe del respeto que merecemos. Es un pequeño diablo todo lleno de sentimiento y de dignidad...

Oh! V. no sabe en donde vive ¿no es cierto?

Yo=Confieso que no sabria decir si usted habla con buena ó mala fé. Yo soy un buen hombre. Haga V. el obsequio de hablar con mas franqueza y dejar à un lado el arte.

El=Eso es lo que nosotros decimos á la pequeña Hus..., de la Dangeville y de la Clairon, mezclado aqui y allà con algunas palabras que os dan la voz de alerta. Consiento en que V. me tome por un pillo, pero no por un nécio; y solo un nécio ò un hombre loco de amor, puede decir seriamente tantas impertinencias.

Yo—¿Como se resuelve uno á decirlas?

—Eso no se consigue de un golpe, sino poco á poco. *Ingenii largitor venter.*

Yo=Es preciso estar lleno de hambre.

El=Eso puede ser: sin embargo, por raro que á V. le parezca, crea V. que aquellos á quienes se dirigen están mas acostumbrados á oirlas que nosotros á decirlas.

Yo=¿Es qué hay alguno que tenga valor para ser de la misma opinion que V.?

—¿A quién llama V. alguno? Ese es el juicio y el lenguaje de toda la sociedad.

Yo=Aquellos de entre ustedes que no son grandes perdidos, deben ser grandes necios.

El—¿Nécios allí? Le aseguro á V., que solo hay uno; el que nos convida para imponérsenos.

Yo—¿Pero cómo se dejan imponer tan groseramente? Porque la superioridad de talento de la Dangeville y de la Clairon es innegable.

El—Tragamos de repente la mentira que nos lisongea, y bebemos gota á gota una verdad que nos es amarga. Además, nosotros tenemos una apariencia tan verdadera!...

Yo—Es preciso, sin embargo, que V. haya faltado alguna vez á los principios del arte y que se le hayan escapado por descuido algunas de esas verdades amargas que lastiman, porque á pesar del papel miserable, abyecto, vil, abominable que V. hace, yo creo que en el fondo tiene V. un alma delicada.

El—¿Yo? De ningún modo. Que el diablo melleve si en el fondo sé lo que soy. En general soy ingénuo y mi carácter es flexible como un mimbre. Nunca soy embustero, por poco interés que tenga en decir la verdad; y nunca soy verídico, por poco interés que tenga en decir mentira. Digo las cosas como me vienen á la boca: si son sensatas, tanto mejor; pero si no lo son, tampoco me apesadumbro por ello. Hago uso por completo de mi dere-

cho de hablar. Yo nunca pienso lo queire de hacer, lo que digo, ni lo que he de decir; por eso no ofendo á nadie.

Yo=Pero eso le sucedia á V. con las personas honradas entre quienes vivia y que tanto cariño le profesaban.

El—¿Qué quiere V? Fué una desgracia, un mal momento como hay muchos en la vida. No hay felicidad eterna: yo estaba demasiado bien y esto no podia durar. Nosotros tenemos, como V. sabe, la compañía más numerosa y mejor escogida. Es una escuela de humanidad, la renovación de la antigua hospitalidad: todos los poetas que caen, los recogemos; tenemos á Palissot despues de su *Zares* y á Bret despues de *Faux Genereux*: todos los músicos desacreditados, todos los autores que no ven nada, todas las actrices y actores silvados, un grupo de pobres vergonzosos, cobardes parásitos, á la cabeza de los cuales tengo el honor de ser bravo jefe de un ejército tímido. Yo soy el que los exorto á comer la primera vez que vienen, y el que pide de beber para ellos. Algunos son jóvenes andrajosos que no saben á donde ir, pero que tienen buena presencia: otros son desalmados, engatusan al patron y lo adormecen para hacer despues lo mismo con la patrona. Nosotros aparecíamos alegres

pero en el fondo tenemos mal humor y gran apetito. No son los lobos más hambrientos, ni los tigres más crueles.

Deborábamos como aquellos cuando la tierra estuvo mucho tiempo cubierta de nieve, y desgarrábamos como estos todo lo que cojen. Algunas veces los corrillos de Bertin, Mesenge y Villemorin se reunian; entonce se formaba en el corral un gran alboroto. Nunca se vieron tantas bestias tristes, y duras, malhechoras é irritadas. No se ovan mas que los nombres de Buffon, Duclos, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, d'Alembert y Diderot acompañados ¡Dios sabe de cuantos epítetos! Ninguno tendrá imaginacion si no es tan necio como nosotros. Asi es como fué concebido el plan de los *Filósofos*: la escena del vendedor ambulante la he sacado yo de la *Tehologie en quenouille*: V. en ella no ha sido mejor tratado que los demás.

Yo—Me alegro! Quizás eso me haga mas honor del que merezco. Me rebajaria que los que hablan mal de tantas hábiles y honradas personas, se empeñasen en hablar bien de mi.

El—Nosotros somos muchos y es preciso que cada uno pague su escote; despues del sacrificio de los grandes animales, inmolamos á los demás.

Yo==; Insultar la ciencia y la virtud para vivir: he ahí un pan bien caro!

El==Ya le dije á V. que nosotros no tenemos nada que perder: injuriamos á todo el mundo y no aflijimos á nadie. Nos acompaña algunas veces el hipócrita Batteux, el pesado, abate d'Olibet y el grueso abate Le Blanc, que solo es malo antes de comer. Tomado el café, se deja caer en un sillón con los piés apoyados en el borde de la chimenea y se due me como un viejo papagayo sobre su caña. Si el alboroto se hace violento, bosteza, estira los brazos, frota los ojos y dice: «Y bien, ¿qué es eso? ¿qué es eso?==Se quiere saber si Piron tiene más ingenio que Voltaire.==Entendámonos: ¿es el ingenio lo que ustedes dicen, ó se trata de gusto? porque respecto á este, Piron no admite duda.—¿No admite duda?==No ... «Y he ahí como estamos ya metidos en una disertacion sobre el gusto. Entonces el patron hace seña con la mano para que se le escuche, porque ese asunto es el que más le agrada: «El gusto, dice..... el gusto es una cosa.....» A fé mia, que ni yo sé que cosa decia que era, ni el tampoco. Alguna vez estábamos con el amigo Robbé, que nos entretiene con cuentos equívocos, milagros de fanáticos de los que fué testigo ocular, y algu-

nos cantos de su poema sobre un asunto que conoce á fondo. Yo detesto sus versos, pero me gustan cuando se los oigo recitar: parece un energúmeno. Todos exclaman al rededor de él «¡He ahí lo que se llama un poeta!» Entre nosotros esta poesía no es mas que una algarabía formada por toda clase de ruidos confusos, el canto bárbaro de los habitantes de la torre de Babel. Se nos presenta como un inocente, pero con aire cobarde y torpe, imaginacion de demonio y mas maligno que un mono viejo. Es una de esas figuras que incitan á la burla, y que Dios hizo para escarmiento de las personas que juzgan por el semblante, y á quienes su espejo debe hacerles comprender que es tan fácil que un hombre de talento tenga el aspecto de un nécio, como que se oculte un estúpido bajo una fisonomía espiritual. Es esta una infamia tan comun como la de inmolar un buen hombre al capricho de los demás, y siempre se hace uso de ella: es un lazo que tendemos á los recién venidos y casi no he visto uno á quien no se le aplicase...

(Yo estaba sorprendido de las justas observaciones del loco sobre los hombres y los caracteres, y le indicaba mi conformidad.) Se saca tanto partido, me respondió, de la mala

compañía como del libertinage y se indemniza uno de la pérdida de su inocencia por la de sus preocupaciones. En la sociedad de los perdidos, donde el vicio se presenta sin antifaz, es donde se aprende á conocerlo. Además, yo leí algo.

Yo=¿Que leyó V?

El=Leí, leo y releo sin cesar à Teofrasto, Labruyere y Moliere.

Yo—Esos son excelentes libros.

El—Son mejores de lo que se cree; pero ¿quien es el que sabe leerlos?

Yo—Todo el mundo, segun la capacidad de su inteligencia.

El=Casi nadie. ¿Podria V. decirme lo que se busca en ellos?

Yo=El recreo y la instruccion.

El=¿Pero que instruccion? porque esto es lo que importa saber.

Yo—El conocimiento de sus deberes, el amor á la virtud y el ódio al vicio.

El=Yo aprendo en ellos todo lo que se precisa hacer, y todo lo que no es necesario decir. Por eso, cuando leo el *Avaro* me digo: Sé avaro si quieres, pero guárdate de hablar como él. Cuando leo el *Tartufe*, tambien me digo: Sé hipócrita si quieres, pero no hables como él. Guarda los vicios que te son útiles,

pero no el carácter, ni las apariencias que te hagan ridículo. Para preservarte de ellas, es preciso conocerlas; y esos autores las han descrito admirablemente. Yo soy yo, y permanezco siendo lo que soy; pero obro y hablo como conviene. No soy de los que desprecian á los moralistas: hay mucho que sacar de ellos, sobre todo de los que han puesto la moral en accion. El vicio hierre tan solo al hombre por intervalos; pero los caracteres del vicio le hierren desde la mañana hasta la noche. Quizás valga mas ser un insolente que no serlo teniendo su fisonomía: el insolente de carácter no insulta mas que de tiempo en tiempo; el de fisonomía insulta siempre. Por lo demás, no crea V. que yo soy el único lector de mi especie; yo no tengo mas mérito que haber hecho por sistema, por una via razonable y verdadera, lo que la mayor parte de los demás hacen por instinto. De ahí que estos le hacen peor que yo, puesto que se hacen ridículos á despecho suyo, mientras que yo lo soy tan solo cuando quiero, dejándolos entonces muy inferiores á mi, porque el mismo arte que me enseña á salvarme del ridículo en ciertas ocasiones, me enseña tambien en otras á alcanzarlo con fortuna. Entonces me acuerdo de todo lo que los demás dijeron y de todo lo que yo leí, y añá-

do lo que se me ocurre, que en este género soy de una fecundidad asombrosa.

Yo=Hizo V. bien en revelarme esos misterios, porque sin eso creeria que estaba usted en contradiccion.

El=No lo estoy de ningun modo; porque para una vez en que hay que evitar el ridículo, hay felizmente ciento en que es necesario proporcionarlo. No hay mejor papel que el de loco, cuando uno se encuentra entre la grandeza. Durante mucho tiempo hubo el título de loco del rey; pero nunca hubo el de sabio. Yo soy el loco de Bertin y de otros muchos; quizás el de V. en este momento, ó tal vez V. sea el mio. El sabio no debe tener loco; por lo tanto el que le tiene no es sabio. Y el que no es sabio, es loco, y quizás sea el rey el loco de su loco. Por lo demás, tenga V. presente que en una materia tan variable como las costumbres, no hay nada esencialmente verdadero ni falso, sino que es preciso ser lo que el interés quiere que uno sea, bueno ó malo, sabio ó loco, decoroso ó ridículo, honesto ó vicioso. Si por azar la virtud me hubiese conducido á la fortuna, habria sido virtuoso ó hubiese simulado virtud como otro cualquiera: se me quiso ridículo, y me hize como me querian, porque vicioso la naturaleza sola se encar-

gó de hacerme. Cuando digo vicioso, me eapreso en el lenguaje de ustedes, por que si estudiamos la cuestion podria suceder que resultase que V. llama vicio á lo que yo llama virtud y vice-versa. Tenemos tambien los autores de la Opera-cómica, sus actores y actrices; y más á menudo, sus empresarios Corbié y Moeth, toda gente de recursos y de un mérito superior. Olvidaba á los grandes críticos de la literatura, el *Avant-Coureur*, los *Petites Affiches*, el *Année litteraire*, el *Observateur litteraire*, el *Censeur hebdomadaire* y toda la coleccion de prosistas.

Yo= El *Année litteraire*! El *Observateur litteraire*! Eso no puede ser; son cosas que se detestan.

El=Es cierto; pero todos los pobres se reconcilian en la gamella. Ese perro de sacerdote avaro, *hediondo y usurero*; ese maldito *Observateur litteraire* que el diablo confunda, es la causa de mi desastre. Se presentó en nuestro horizonte ayer por primera vez; llegó á la hora en que nos cogió á todos en nuestras madrigueras, á la hora de comer. Cuando hace mal tiempo ¡feliz aquel de entre nosotros que tiene una pieza de veinticuatro sueldos en el bolsillo! Asi se burlaba de su cofrade que habia llegado embarrado hasta la es-

palda y mojado hasta los huesos, y que á la tarde entra en su casa en el mismo estado. Uno de ellos, no sé cual, tuvo hace algunos meses una disputa violenta con el saboyano que se estableció en nuestra puerta, porque teniendo con él cuenta corriente, queria este liquidar y aquel se negaba por carecer de fondos. Se sirve; se le hacen los honores de la mes al abate y se le coloca en el sitio de preferencia. Yo entro y le veo. «¡Como! el abate, le digo, ¿V. preside? He ahí lo que está muy bien por hoy; pero mañana V. descenderá, si le agrada, un asiento, pasado otro y así sucesivamente, ya á la derecha, ya á la izquierda, hasta ese que yo ocupé, y una vez antes que V, Freron; otra antes que él y que Dorat, yo; y este una vez tambien antes que Palissot, y quedará V. estacionado al lado mio, pobre patron..., como usted, que *siedo sempre come un maestoso cazzo fra duci coglioni.*» El abate, que es un buen diablo, y todo lo toma á bien, se echa á reir; la señorita convencida de lo que hice observar y de la justicia de mi comparacion, se echa igualmente á reir, y todos los que se sentaban á derecha é izquierda del abate, ó que él habia retirado un lugar, se echan tambien á reir; todo el mundo reia, excepto el señor que

se incomoda y me entretiene con cuestiones que nada hubieran significado si estuviésemos solos... «¡V. es un impertinente!—Lo és perfectamente, y por esta condicion me ha recibido V.=¡Un bribon!—Co-mo otro cualquiera=¡Un pobre!—¿Estaria aqui sin esa condicion?—¡Yo haré que se le arroje á usted de aqui!—Despues de comer, me iré sin que nadie me eche.=Os lo aconsejo.....» Se comió, y yo no perdí un bocado. Despues de haber comido perfectamente y bebido con abundancia (porque despues de todo, hubiera sido lo mismo, y el señor Estómago es un personage con el cual no me he incomodado nunca) tomé mi partido y me disponia á marchar: habia empeñado mi palabra en presencia de tanta gente, y era preciso sostenerla. Andube mucho tiempo dando vueltas por la sala, buscando mi baston y mi sombrero en los sitios en donde no estaban, y contando siempre con que el patron se desataria en un nuevo torrente de injurias, con que alguno se interpondria, y acabariamos por reconciliarnos á fuerza de insultarnos. Yo daba vueltas y más vueltas porque no tenia nada de que arrepentirme; pero el patron, más sombrío y taciturno que el Apolo de Homero cuando dispara sus flechas

sobre el ejército de los Griegos, con el gorro más metido que de costumbre, se paseaba de un extremo á otro con el puño sobre la mejilla. La señorita se aproxima á mi: «Pero señorita. ¿que es lo que hay de extraordinario? ¿Fui hoy distinto de mi mismo?—Yo quiero que salga—Saldré—Yo no le he faltado—Perdone V., se invita al señor abate, y.....—El es el que se faltò á si mismo, invitando al abate, recibíendome, y conmigo á tantos otros pícaros. Yo.....—Vamos, mi pequeño..... es preciso pedir perdon al señor abate—Yo no necesito su perdon=Vamos, todo eso se apaciará.....» Se me coge de la mano y se me lleva hácia el sillón del abate; yo estiendo los brazos y lo contemplo con una especie de admiracion porque ¿quien es el que pidió perdon alguna vez al abate? «Abate, le digo yo, abate, todo esto es muy ridículo; no es cierto?» Y despues me echo á reir y el abate hace lo mismo. Heme aqui, pues, disculpado por esta parte; pero era preciso abordar la otra, y lo que tenia que decirle era harina de otro costal. No recuerdo ya como le daba mi excusa: «Señor, he ahí ese loco...=Hace mucho tiempo que me hace sufrir; yo no quiero oirlo hablar mas.—Está incomodado.=Si, yo estoy incomodado.—Eso no volverá á suceder=

Mas que al primer bribon...» Yo no sé si en esos dias estaba de mal humor, ó la señorita temia acercarse á él, y solo se atrevia á tocarle con sus mitones de terciopelo, ó si él oia mal lo que yo decia, ó si yo hablaba mal: el caso es que se encolerizó mas que antes. ¡Qué diablo! ¿Es qué él no me conoce, que no sabe que soy como los niños, y que hay circunstancias en que yo...? Además, yo creo ¡Dios me lo perdone! que no tenia un momento de descanso. Se gasta un maniqui de acero, si se le tira del cordel desde la mañana hasta la noche, y desde la noche hasta la mañana. Es necesario que yo les haga desaparecer el mal humor, esta es la condicion; pero es preciso que yo me divierta alguna vez. En medio de estos embrollós, me pasó por la imaginacion un pensamiento funesto, un pensamiento que me hizo estar sério, que me inspiró fiereza é insolencia: es que no podian prescindir de mi y que yo era para ellos un hombre esencial.

Yo=Si, yo creo que V. les era muy útil; pero tambien creo que ellos no lo son menos para V. No volverá V. á encontrar cuando quiera, una casa tan buena; y ellos, en cambio, por cada loco que les falte encontrarán ciento.

El=¿Cien locos como yo? Señor filósofo,

no son tan comunes. Locos vulgares, si, los encontrarán. Es mas difícil tener necesidad, que tener talento ó virtud. Yo soy muy raro en mi especie; si, muy raro. Ahora que no me tienen ¿qué hacen? Se aburren como perrós. Yo soy un saco inagotable de impertinencias. Tenia á cada instante una humorada que les hacia reir hasta llorar y era para ellos una casa de locos.

Yo= Tambien tenia V. mesa, lecho, ropas, blusa y calzoncillos, zapatos y doblon por mes.

El= He ahí el lado bueno; he ahí el beneficio; pero de las cargas no dice V. nada. Si corria el rumor de que habia una pieza nueva, en cualquier tiempo que fuese, era preciso escudriñar en todos los ricones de Paris hasta averiguar el nombre del autor, procurarme la lectura de la obra y que insinuase hábilmente que habia en ella un papel que desempeñaria muy bien una conocida mia.= ¿Y quién?— ¿Quién? ¡Bonita pregunta! ¡Aquellas son gracias, gentileza, finura! = ¿Se refiere V. á la señorita Dangeville? Por casualidad, ¿la conoce V.? = Si: algo; pero no es ella.= ¿Quién es, pues? » Yo decia su nombre muy bajo... = « ¿Ella? = Si! ella, » repetia yo un poco ruborizado, pues algunas veces tengo pu-

dor; y al pronunciar aquel nombre era preciso ver como se asustaba la fisonomía del poeta, y otras veces como se caía en mis barbas. Sin embargo, de grado ó por fuerza, se hacia preciso que convidase á mi hombre á comer; y él, que temia comprometerse, se disculpaba manifestaba su gratitud. ¡Era necesario ver como se me trataba cuando no salia bien en mi negociacion! Era un zopenco, un necio, un palurdo; no servia para nada; no valia el vaso de agua que me daban para beber. Mucho peor era cuando se representaba y habia que colocarse intrépidamente en medio de las voces de un público que sabe juzgar, dígase lo que se quiera, para hacer oír las palmadas de solo mis manos, atraer sobre mi todas las miradas y alguna vez salvar de los silvidos á la actriz, oír cuchichear al lado de uno: «Es un criado disfrazado de ese que... ¿Se callará ese pillo? Se lo deseonoce que puede decidir á esto y se cree que es la ignorancia, cuando es un motivo que lo disculpa todo.

Yo==Hasta la infraccion de las leyes civiles.

El==Al fin era conocido y se decia: «¡Oh! ese es...» Entonces mi recurso era pronunciar palabras irónicas que salvarsen del ridículo mi aplauso solitario, que se interpeta-

ba en sentido contrario. Convenza V. en que es necesario un poderoso interés para desafiarse de este modo al público congregado, y en que eada una de esas fatigas vale más que un pequeño mundo.

Yo—¿Por que no se hacía V. ayudar?

El—Eso me sucedia alguna vez, y yo siempre trataba de conseguirlo. Antes de ir al lugar del suplicio, era preciso llenar la memoria con los pasages brillantes en que importaba dar el tono. Si los olvidaba ó los confundia, tenia miedo à mi regreso, pues se armaba un alboroto de que V. no puede formarse idea. Y despues, en casa, una jauria de perros que tenia que cuidar, aunque es cierto que esta tarea me la habia impuesto yo neciamente, y gatos de los cuales era yo superintendente. Era demasiado feliz si *Micon* me favorecia con un araño que desgarraba mi muñeca ó mi mano. *Criquette* solia tener cólicos, y yo era el que le frotaba el vientre. Antes la señorita padecia de flato y ahora de los nervios; y no hablo de una ligera indisposicion de que nunca se quejaba delante de mi. Pero esto pase: yo nunca pretendí apremiarla, porque yo leí.... Hacia uso de ella á su antojo con sus íntimos amigos, y yo aquellos dias lo era más que nadie. Soy el apostol de la

familiaridad y de la desenvoltura; les predicaba con el ejemplo sin que se disgustasen, y solo necesitaba dejarme correr. He bosquejado al patron. Si empiezo con la señorita voy ha hacerme pesado y conviene oír los cuentos tales ó cuales son.

Yo—¿No es V. de esos?

El—¿Y por qué no?

Yo—Es por lo menos una indecencia entregar al ridículo á sus bienhechores.

El—Pero ¿no es peor todavía valerse de sus beneficios para envilecer á su protegido?

Yo—Pero si el protegido no fuese ya vil por si mismos, nadie daria al protector esa autoridad.

El—Si los personajes no fuesen ridículos por si mismo, no habria cuentos bonitos. Además ¿tengo yo la culpa si ellos se envilecen, y si cuando lo están se les hace traicion y se burlan de ellos? Cuando uno se resuelve á vivir con personas como nosotros y tiene sentido comun, hay ya en él algo de indigno que no debe extrañarle en los demás. Cuando se nos toma, ¿no se nos conoce por lo que somos, por almas interesadas, viles y pérfidas? Si se nos conoce, todo va bien. Hay un pacto tácito que obliga á que se nos haga favor y que tarde ó temprano nosotros

haremos mal por el bien que se nos haya hecho. Este pacto ¿no subsiste entre el hombre y su mono ó su papagayo? Le Brun se queja de que Palissot, su convidado y amigo, hubiese escrito coplas contra él: Palissot hizo bien en hacerlas, y aquel es el que no tiene razon para quejarse. Poinsinet se queja tambien de que Palissot le achacó las coplas que hizo contra Le Brun: Palissot obró bien en esto, y Poinsinet es el que no tiene razon. El abate Rey... se lamenta de que su amigo Palissot le birlò su querida, en cuya casa lo habia él introducido; pero el que introduce á un Palissot en casa de su querida, debe estar resuelto á perderla. Palissot cumplió su deber, y el abate Rey... es el que no tiene razon. El librero D... se queja de que su asociado B:... ha permitido que se forme de él un falso concepto: sea lo que quiera B... ha desempeñado su papel, y D... y su muger son los que no están en su derecho. Helvecio se queja de que Palissot le presenta en escena como un malvado, cuando le debe el dinero que le prestó para curar su quebrantada salud, alimentarse y vestirse; pero ¿debió él esperar otra cosa por parte de un hombre desprestijiado por toda clase de infamias, que por pasatiempo hace abjurar de la religion á

su amigo; que se apodera del bien de sus asociados; que no tiene ley, fé ni sentimiento; que busca la fortuna *per fas et nefas*: que cuenta sus dias por sus insensateces y que él mismo se hizo presentar en escena como uno de los mas peligrosos bribones, desvergüenza de la cual creo que no hubo ningun ejemplo en el pasado, ni habrá tampoco en el porvenir? No. Es por lo tanto Helvecio y no Palissot, quien no tiene razon. Si se lleva á un jóven provinciano á la casa de fieras de Versailles y se atreve por ignorancia á pasar la mano á través de las barras de la jaula del tigre ó de la pantera y deja su brazo en la boca de la fiera, ¿quién tiene la culpa? Todo eso está escrito en el pacto tácito: tanto peor para el que lo ignora ó lo olvida. Yo pudiera justificar, por ese pacto universal y sagrado, que hay personas á quienes se acusa de malvadas cuando son los otros quienes debian acusarse de necios. Si, gruesa condesa: V. es la que tiene la culpa: cuando V. reunia alrededor de si á quienes se llama entre las gentes de nuestra clase, *especies*, cuyas *especies* cometen con V. villanias, se las obliga á hacer V., y la exponen al resentimiento de las personas honradas. Estas hacen lo que deben, y V. es la que tiene la culpa por

protejerlas. Si Bertin vivia apaciblemente con su querida; si habian hecho buenas amistades por la honradez de sus caracteres; si tenian á su alrededor á hombres de talento, á personas conocidas en la sociedad por su virtud y hubiesen reservado para una pequeña sociedad ilustrada y escogida la distraccion que robaban al placer de estar juntos, de amarse, de decirselo en el silencio de su retiro, ¿cree V. que habrian hecho sobre ello buenos ni malos cuentos? ¿Qué les sucedió, pues? Lo que merecian: fueron castigados por su imprudencia, pues á nosotros es á quienes la Providencia destinó eternamente para hacer justicia á los Bertin del dia, y de entre nuestros sobrinos, los mas parecidos á nosotros son los destinados á hacer justicia á los M... y á los B... del porvenir. Pero mientras nosotros ejecutamos sus justos decretos sobre la necedad, ustedes, que nos pintan tales cuales somos, hacen lo mismo con nosotros. ¿Qué dirian ustedes, si nosotros pretendiésemos, con costumbres vergonzosas, gozar de la consideracion pública? Qué éramos unos insensatos. Y los que esperan procedimientos honrados de personas viciosas y caracteres viles y bajos, ¿son prudentes? Todo tiene su verdadera recompensa en este mundo. Hay dos agentes generales:

uno á la puerta de V., que castiga los delitos contra la sociedad y el otro es la naturaleza. Esta conoce todos los vicios que se escapan á la accion de las leyes. Si V. se entrega al libertinage, será V. hidrópico: si es V. crapuloso, estará V. afectado del pulmon: si usted abre la puerta á los bribones, vivirá V. entre ellos y será V. vendido, silvado y despreciado. Lo mejor es resignarse con la equidad de esos fallos y decirse á si mismo: Está bien hecho; no hacer caso y enmendarse, ò permanecer siendo lo que uno es, pero con las condiciones susodichas.

Yo = Tiene V. razon.

El = En resúmen: de esos malos cuentos, yo no invento ninguno, no hago mas que decirlos. Hace dias, dicen que á eso de las cinco de la mañana, se...

Yo = V. es un polizonte. Hablemos de otra cosa: desde que empezamos á charlar que quiero hacerle á V. una pregunta.

El = ¿Por qué se detuvo V. tanto tiempo?

Yo = Temo que sea indiscreta.

El = despues de lo que le acabo de revelar, ignoro que secreto puedo tener para V.

Yo — ¿No dada V. del juicio que hice de su carácter?

El = De ningun modo: yo ^a soy para usted

un ser muy abyecto, muy despreciable; lo soy tambien alguna vez para los mios, pero muy pocas, y me felicito de mis vicios, mas á menudo de lo que me avergüenzo de tenerlos: V. es mas constante en su desprecio.

Yo—Es cierto; pero ¿por qué me manifiesta V. toda su degradacion?

El—Porque V. conoce ya una buena parte de ella y veo que gano mas de lo que pierdo en enseñarle á V. el resto.

Yo—¿Y por qué?

El—Si en algun género se necesita ser sublime, es en el mal. Se desprecia á un ladronzuelo, pero no se le puede negar cierta especie de consideracion á un gran criminal: su valor le asusta á V., y la enormidad de su crimen le hace temblar. Se aprecia en todo la unidad de carácter.

Yo—Pero esa estimable cualidad, V. no la tiene todavía: yo le encuentro á V. de vez en cuando vacilante en sus principios: no puede decirse con exactitud si V. debe su ruindad á la naturaleza ó al estudio, y si este le ha conducido á V. hasta el límite á donde es posible llegar.

El—Convengo en ello; pero ya le dije á V. mi opinion. ¿No tuve la modestia de reconocer ser mas perfectos que yo? ¿No le

hablé á V. de Bouret con la admiracion mas profunda? Bouret es el primer hombre del mundo, á mi entender.

Yo = ¿Pero inmediatamente despues de Bouret es V.?

El = No.

Yo = ¿Es, entonces, Palissot?

El = Si; pero no él solo.

Yo = ¿Y quien puede ser digno de dividir el segundo puesto con él?

El = El renegado de Avignon.

Yo = Nunca oí hablar de ese renegado, pero debe ser un hombre bien asombroso.

El = Ya lo creo.

Yo = La historia de los grandes personajes siempre me ha interesado.

El = Lo creo. Es e vivia en casa de uno de esos buenos y honrados descendientes de Abraham, prometidos al padre de los creyentes en número igual al de las estrellas.

Yo = En casa de un judio?

El = Si. Obtuvo desde luego la commiseración, enseguida la benevolencia, y por último la confianza mas completa. Ustedes confían tanto en sus beneficos que rara vez ocultan sus secretos á aquel á quien colman de favores, y este es el modo de hacer ingratos. ¿Cuando exponemos nosotros al hombre á la

tencion de serlo impunemente? Esta es una reflexion que el judio no se hizo. Le confió, pues, al renegado, que en conciencia no podía comer cerdo: ¿ve V. todo el partido que un espíritu fecundo puede sacar de esta confesion? Cuando creyó á su judio bien convencido por sus cuidados de que no tenia un amigo mejor en todas las tribus de Israel... ¡admire V. la circunspeccion de este hombre! no se apresura, deja madurar la pera antes de sacudir la rama, y ninguna ligereza podia malograr su proyecto. Ordinariamente la grandeza de carácter resulta de la reunion natural de muchas cualidades opuestas.

Yo=Déjese V. de reflexiones y continúe su historia.

El=No puede ser: hay dias en que es preciso que yo reflexione; es una enfermedad que hay necesidad de abandonar á su curso. ¿En qué habia quedado?

Yo=En la intimidad perfectamente establecida entre el judio y el renegado.

El=Entonces la pera estaba madura.... Pero V. no me escucha: ¿en qué piensa V.?

Yo=Pienso en la desigualdad de su entonacion, ya elevada, ya baja.

El—¿Y cree V. que la entonacion del hombre vicioso puede ser una?..... Llega una

tarde á casa de su buen amigo, despavorido con la voz entrecortada, el rostro pálido como la muerte y temblando de pies á cabeza «¿Que tiene V?—Estamos perdidos—¡Perdidos! ¿y por qué?—Perdidos sin remedio—Explíquese V.—Espere V. un momento á que me reponga del susto—Vamos, tranquilicémonos»=le dice el judío, en vez de decirle: tu eres un pícaro rematado; no sé que es lo que tienes que decirme, pero tu finges el terror.

Yo—¿Y por qué debia hablarle asi?

El=Porque era falso lo que hacia; porque iba mas allá de lo que debia: esto es claro para mi, y usted me interrumpe demasiado. «¡Estamos perdidos... perdidos... sin remedio!...» ¿No encuentra V. afectacion en esos *perdidos* repetidos?... «Un traidor nos ha denunciado á la santa inquisicion: á V. como judío y á mi como renegado, como un infame renegado...» Vea V. como el traidor no se avergonzaba de servirse de las expresiones mas odiosas. Es preciso mas valor del que se cree para llamarse por su nombre: V. no sabe lo que cuesta llegar á eso.

Yo.—No, seguramente. Ese infame renegado ..

El—Es falso, pero su falsedad está bien

hecha. El judío se asusta, se arranca la barba, se revuelve en el suelo, ve los esbirros à la puerta, se ve cubierto con el *sanbenito* y ve su *auto de fe* preparado. «Amigo mio, mi tierno amigo, mi único amigo, ¿qué partido tomar?—¿Qué partido?—Presentarse, afectar la mayor seguridad y conducirse como de ordinario. El procedimiento de ese tribunal es secreto, pero lento, y es necesario aprovechar esas dilaciones para venderlo todo. Yo alquilaré un buque ó lo haré alquilar por un tercero; si, por un tercero; esto será lo mejor: depositaremos en él la fortuna de V., ¡por qué esto es lo que ellos quieren principalmente!, y marcharemos V. y yo á buscar bajo otro cielo la libertad de servir á nuestro Dios y seguir con seguridad la ley de Abraham y de nuestra conciencia. Lo importante en la peligrosa circunstancia en que nos encontramos, es no cometer una imprudencia...» Dicho y hecho. El buque está alquilado, con marineros y víveres; la fortuna del judío está á bordo; al dia siguiente, al amanecer, salen del puerto, pueden cenar alegremente y dormir con seguridad, y mañana escapar á sus perseguidores. Durante la noche el reuegado se levanta, despoja al judío de su cartera, de su bolsa y de sus alhajas, se marcha á bordo y

parte. ¿Crée V. que es esto todo? V. no entiende estas cosas. Cuando se me contó esta historia adiviné lo que le he llamado á usted para probar su sagacidad. Hace V. bien en ser un hombre honrado, porque no hubiera sido V. mas que un bribonzuelo. Hasta aqui el renegado no es mas que un pícaro despreciable al cual nadie querria parecerse. Lo sublime de su maldad, es haber sido él mismo el delator de su buen amigo el israelita, del cual se apoderó la santa inquisicion é hizo con él algunos dias despues un bonito fuego de artificio. Así fué como el renegado se convirtió en tranquilo poseedor de la fortuna de ese descendiente maldito de aquellos que crucificaron á Nuestro Señor.

Yo=No sé que es lo que me causa mas horror, si la maldad de ese renegado ò el tono con que V. me habla.

El=He ahí lo que yo decia: la enormidad de la accion le conducé á V. más allá del desprecio, y esa es la razon de mi sinceridad. Yo queria que V. conociese hasta donde llego en mi arte; arrancar á V. la confesion de que soy, por lo menos, original en mi envilecimiento; colocarme ante V. en la línea de los grandes

pillos y exclamar despues: ¡*Vivat Mascarillus fourbum imperator!* ¡Vamos!, alegrémonos, señor filósofo, y digamos á coro: ¡*Vivat Mascarillus, fourbum imperator!*

(Enseguida se puso á cantar una melodia en fuga, muy original y que era, unas veces grave y llena de majestad, y otras ligera y juguetona. En un momento imitaba el bajo, y en otro una de las partes agudas: con sus brazos y su cuello estirado me indicaba los compases de espera, y componia para si mismo un himno de triunfo, por el cual hacia conocer que entendia más de buena música que de buenas costumbres.)

Yo no sabia si debía permanecer allí ó marchar, reir ó indignarme: me quedé con la intencion de hacer girar la conversacion sobre algun asunto que hiciese desaparecer de mi alma el horror de que estabá poseida. Comenzaba á soportar con pena la presencia de un hombre que examinaba una accion horrible, una execrable maldad, como un inteligente en pintura ó en poesia examina las bellezas de una obra de gusto, ó como un moralista ó un historiador realza y hace descollar las circunstancias de una accion heroica. Me puse triste, á pesar mio; él se apercibió de ello y me dijo:

=¿Qué tiene V? ¿Se encuentra V mal?

Yo=Un poco; pero ha de pasar.

El—V. está inquieto como un hombre atormentado por algun recelo.

Yo=Eso es...

(Despues de un momento de silencio por su parte y por la mia, durante el cual él se paseaba silvando y cantando, para volverlo otra vez á su conversacion favorita, le dije:)
¿Qué hace V. ahora?

El=Nada.

Yo=Eso es muy fatigoso.

El=Yo era demasiado bestia y lo soy por completo despues de haber oido esa música de Duni y otros jóvenes compositores.

Yo=¿Apoya V., pues, ese género?

El=Sin duda alguna.

Yo=¿Y encuentra V. belleza en esos nuevos cantos?

El=¡Si la encuentro! Pardiez: respondo de ello. ¡Que bien se declama! ¡Qué verdad! ¡Qué expresion!

Yo.=Todo arte de imitacion tiene su modelo en la naturaleza. ¿Cuál es el modelo del músico cuando hace un canto?

El=¿Por qué no pregunta V. antes otra cosa? ¿Qué es un canto?

Yo.—Le confieso á V. que esa pregunta

es superior á mis fuerzas. He ahí lo que todos nosotros somos: no tenemos en la memoria mas que palabras que creemos entender por el frecuente uso y la aplicacion, aunque sea justa, que de ellas hacemos, y en la imaginacion ideas vagas. Cuando pronuncio la palabra *canto*, tengo de ella una nocion tan clara, como V. y la mayor parte de sus semejantes, la tienen de *reputacion, vergüenza, honor, vicio, virtud, pudor, decencia y ridiculo*.

El = El canto es una imitacion por los sonidos, de una escala inventada por el arte ó inspirada por la naturaleza, como á V. mas le agrada, ó por la voz ó por el instrumento, de ruidos físicos ó acentos apasionados; y vea V. como esta definicion puede tambien convenir exactamente á la pintura, á la elocuencia, á la escultura ó á la poesia. Ahora, volviendo á nuestra cuestion ¿cual es el modelo de la música ó el del canto? Es la declamacion, si el modelo es vivo y poderoso: el ruido es inanimado. Debe considerarse la declamacion como una linea, y el canto como otra que serpentea sobre la primera. Cuanto mas fuerte y verdadera sea la declamacion, tipo del canto, tanto mayor será el número de puntos en que este la corte; y cuanto mas

verdadero sea el canto, tanto mas hermoso será: esto es lo que han comprendido tambien nuestros jóvenes músicos. Cuando se oye: *¡Yo soy un pobre diablo!* se cree reconocer el gemido de un avaro; si no cantase se serviria del mismo tono para hablar á la tierra, pues le diria cuando le confiase su oro: *¡O tierra, recibe mi tesoro!* Y la joven que siente palpar su corazon que se sonroja, que se turba y que suplica á monseñor que la deje partir ¿se expresará de otro modo? Hay en estas obras toda clase de caracteres, una variedad infinita de declamacion: esto es sublime; soy yo quien lo dice. Vaya V, vaya V. á escuchar la melodia en que un jóven se siente morir y exclama: *¡Mi alma se va!* Escuche V. el canto ó la sinfonia y V. me dirá despues la diferencia que hay entre las verdaderas voces de un moribundo y la expresion del canto. V. verá como la línea de la melodía coincide por completo con la de la declamacion. No le hablo á usted nada de la medida, que es una de las condiciones del canto; me refiero solo á la expresion, y acerca de esta no hay nada mas exacto que la siguiente frase que leí, no se donde: *Musices seminariun accentus*: el acento es el plantel de la melodia. Juzgue V. por esto que dificultad y que importancia tiene el recitar bien. No hay una hermosa melodia de la cual

no pueda hacerse un buen recitado, como tampoco hay un buen recitado del cual no pueda hacerse un hermoso canto. No quiero asegurar con esto que el que recite bien cante de la misma manera; pero me sorprendería que el que canta bien no recite de igual modo. Crea V. todo lo que acabo de decirle, porque es la verdad.

Yo=Yo desearía creerle á V. pero hay para ello un pequeño inconveniente.

El=¿Qué inconveniente?...

Yo—Consiste en que, si esa música es sublime, la del divino Lulli, la de Campra, la de Destonches, la de Mouret, y aun, sea dicho entre nosotros, la del querido maestro, debe ser algo insípida.

El=(Acercándose á mi oído, me responde:) Yo no quisiera que se me oyese, porque hay aquí muchas personas que me conocen; pero tiene V. razón en lo que dice. No es que yo me inquiete por el querido maestro, que es una piedra: me vería estirar la lengua un pie antes de darme un vaso de agua; pero tiene cosas bonitas en la octava y en la séptima: *ton, ton, tin, tin; tu, tu, tu, turulurú...* con una cencerrada del diablo: los que empiezan á conocer estas cosas y no toman el ruido por la música, nunca se resignarán con esto. Se de-

bia prohibir por una ley de policía, á todas las personas, de cualquier clase ó condicion que fueran, cantar el *Stabat* de Pergolese. Esta composicion debia hacerse quemar por la mano del verdugo. A fé mia: esos malditos bufones, con su *Servante Maitresse* y su *Tracallos* nos han dado lo bastante..... En otro tiempo un *Tancredo*, una *Issé*, una *Europa galante*, las *Indés*, *Castor*, los *Talentos líricos* duraban cuatro, cinco ó seis meses; no se veia el fin de las representaciones de una *Armidá*. Hoy todas esas obras caen las unas sobre las otras como castillos de naipes. Por eso Rebel y Francœur echan chispas. Dicen que todo está perdido, que están arruinados y que si se tolera mas tiempo á esa canalla cantante, la música nacional se irá al diablo y la Academia real, metida en un callejon sin salida, tendrá que cerrar sus puertas. Hay algo de verdad en esto. Los viejos de poco talento, que desde hace treinta ó cuarenta años concurren á aquella todos los viernes, en vez de divertirse como hicieron en el pasado, se incomodan y aburren sin saber por qué: ellos se lo preguntan á si mismos, y no saben contestar. ¿Por qué no se dirigen á mi? La prediccion de Duni se cumplirá; y, por el curso que esto toma, consiento en morir si dentro

de cuatro ó cinco años, á contar desde *Peintre amoureux de son modèle*, se encuentre nada que valga en ese camino. Las gentes de bien renunciaron á sus sinfonías por gozar de las italianas. Creyeron que acostumbrarian sus oídos á estas consecuencias para su música vocal, como si la sinfonía no fuese al canto, con un poco mas de libertad, inspirada por la extension del instrumento y la movilidad de los dedos, lo que el canto es á la declamacion real; como si el violin no fuese el mono de imitacion del cantante, el cual será, cuando lo difícil reemplaze á lo bello, el mono de imitacion del violin. El primero que tocó á Locatelli, fué el apóstol de la nueva música. Se nos acostumbrará á imitar los acentos apasionados ó los fenómenos de la naturaleza por medio del canto, la voz y el instrumento, por que esa es toda la extension del objeto de la música, y conservaremos nuestra aficion á los robos, lances, glorias, triunfos y victorias. ¿Lloraremos por eso? Se han imaginado que reirian ó llorararian con escenas de tragedia ó de comedia puestas en música; que oirian los acentos del furor, del odio, de los celos, las verdaderas quejas del amor, las ironias, las bromas del teatro italiano y francés, y que continuarian admirando la *Ragonda* ó la *Pla-*

tea (yo te respondo, Tarare-pon-pon;) que experimentarían sin cesar con que facilidad, con flexibilidad, con que molicie la armonía, la prosodia, las elipses, las inversiones de la lengua italiana se prestan al arte, al movimiento, á la expresión, á los giros y al valor medido del canto, y que continuarían ignorando hasta que punto la suya es dura, sorda, pesada, pedantesta y monótona. ¡Oh! si, si; ellos se han persuadido de que después de haber mezclado sus lágrimas con las de una madre desolada por la muerte de su hijo; después de haberse estremecido bajo el poder de un tirano que manda matar, no se aburrirían de su hechicería, de su insípida mitología, de sus pequeños y dulces madrigales que marcan tanto el mal gusto del poeta como la miseria del arte que se acomoda á ellos. ¡Las buenas gentes! Esto no es, ni puede ser. La verdad, el bien y la belleza tienen sus derechos: se les disputan pero se acaba por admirarlos. Lo que no está señalado en ese punto, se admira algún tiempo, pero acaba por aburrir. Abúrranse ustedes, pues, señores; abúrranse ustedes, yo no los molesto. El imperio de la naturaleza y de mi trinidad, contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán nunca, la verdad que es el padre y engendra lo bueno, que es el

hijo, de donde procede lo bello, que es el espíritu santo, se establece tranquilamente. El dios extranjero se coloca humildemente en el altar, al lado del ídolo del país; poco á poco se afirma en él, y un día da de codo á su camarada y pataplún, el ídolo cae. De este modo es como se dice que los jesuitas implantaron el cristianismo en China y en las Indias, y los jesuitas siguen buen sistema; su método político, que camina al fin que se proponen sin ruido, sin efusion de sangre, sin mártires, sin que les cueste el arrancarse un mechón de cabellos, me parece el mejor.

Yo—Tiene V. razon en casi todo lo que acaba de decir.

El—;Razon! Tanto mejor. El diablo me lleve si hago algun esfuerzo para tenerla. Lo digo como lo siento. Yo estaba como los músicos del callejon sin salida, cuando apareció mi maestro. Si acierto, que sea en buen hora, porque un carbonero hablará siempre mejor de su oficio que toda una academia, que todos los Duhamel del mundo.....

(Despues de decir esto se puso á pasear tarareando despacio algunos aires de la *Ile des Faus*, del *Peintre amoureux de son modele*, del *Maréchal ferrant* y de la *Plaideuse*; y de vez en cuando esclamaba levantando las ma-

nos y los ojos al cielo:); Si esto es bello... par-
 diez, si esto es bello! ¿Como se puede tener
 un par de oídos y hacer sin embargo seme-
 jante pregunta? (Comenzó á acalorarse y á
 cantar muy bajo, elevando el tono á medida
 que se apasionaba; siguieron enseguida los
 gestos, las muecas del rostro y las contorsio-
 nes del cuerpo, y dije: Bueno: hé aqui la ca-
 beza que se extravía y alguna escena nueva
 que se prepara... En efecto, se puso á gritar:)
*Soy un pobre miserable... Monseñor, monsenor:
 dejadme partir... ¡O tierra! recibe mi oro, con-
 serva mi tesoro, mi alma, mi alma, mi vida!
 ¡O tierra!... he ahí el amigo, el amigo! Aspe-
 ctar si non venire... A Zerbina penserete ..
 sempre in contrasti con te si sta... Acumula-
 ba, mezclaba treinta aires italianos, franceses,
 trágicos, cómicos, de toda clase de caracte-
 res. Ya con una voz de bajo profundo, des-
 cendía hasta el infierno; ya desgañitándose y
 desfigurando el falsete, desgarraba los oídos,
 imitando la marcha, la postura, el gesto de
 los diferentes personajes que representaba,
 sucesivamente furioso y burlon. Ya es una
 jòven que llora, y de la cual imita todos los
 gestos; ya es sacerdote, rey ó tirano; amenaza,
 manda, se encoleriza; es esclavo, obedece, se
 sosiega, se desconsuela, se lamenta ó rie; sin*

salirse nunca del tono, de la medida, del sentido de las palabras y del carácter del asunto. Todos los jugadores de ajedrez habian abandonado sus tableros y estaban amontonados alrededor de él; las ventanas del café se hallaban tambien ocupadas por los que pasaban por la calle y se detenian al ruido. Se oian carcajadas tan grandes que hacian retemblar el edificio. El no se apercibia de nada; continuaba, preso de una enagenacion del espíritu, con un entusiasmo tan cercano á la locura, que parecia dudoso que volviese en si sin haber necesidad de meterlo en un coche y conducirlo directamente á una casa de locos, al cantar un trozo de las *Lamentaciones de Jeremias*. Repetia con una precision, una verdad y un calor increíbles los mas bellos pasajes de cada parte; aquel bellísimo recitado en que el profeta pinta la desolacion de Jerusalem, lo bañó con un torrente de lágrimas que conmovieron á todos los oyentes. Nada faltaba alli; ni la delicadeza del canto, ni la fuerza de la expresion, ni el dolor. Insistia en las partes en que el músico se mostraba principalmente como un gran maestro. Si abandonaba la parte de canto, era para tomar la de los instrumentos, que dejaba de repente para volver á aquella, entrelazando una con otra

de tal modo, que conservaba los lazos de union y la unidad del todo, apoderándose de nuestras almas y manteniéndolas en la situacion mas singular que he experimentado en mi vida. ¿Le admiraba? Si, le admiraba. ¿Me causaba lástima? Si, me la causaba; pero algo de ridículo habia en el fondo de aquellos sentimientos, que los desnaturalizaba.

Pero tu, lector, te habrias muerto de risa al oír el modo que tenia de imitar los diferentes instrumentos: con los carrillos inflados y un sonido ronco y triste, semejava las trompas y los bajos; daba un sonido retumbante y gangoso para los oboes; precipitaba su voz con una rapidez increíble para los instrumentos de cuerda, en los cuales buscaba los sonidos más agudos; silvaba como los flautines y arrullaba como los timbales, gritando, cantando, agitándose como un condenado, imitando él solo á los bailarines, bailarinas, cantantes, cantatrices, á toda una orquesta y á todo un teatro lírico, haciendo veinte papeles distintos, corriendo, deteniéndose como un energúmeno, echando fuego por los ojos y espuma por la boca. Hacia un calor terrible y el sudor que inundaba su frente y corria á lo largo de sus mejillas, mezclado con el polvo de sus cabellos, chorreaba, haciendo surcos en el

cuello de su traje. ¿Que no le he visto yo hacer? Lloraba, reía, suspiraba, miraba enternecido, tranquilo ó furioso, y ya era una mujer que desfallece de dolor, ya un desgraciado entregado á toda su desesperacion, un templo que se eleva, pájaros que se entristecen al ponerse el sol, el murmullo de las aguas en un lugar solitario y ameno ó el torrente que descende de lo alto de las montañas; un huracán, una tempestad, el quejido de los que van á perecer mezclado con el silbido del viento y el retumbar del trueno. Ya era la noche con sus tinieblas, ya la sombra y el silencio, porque hasta el mismo silencio se expresa con sonidos. Su cabeza estaba trastornada por completo. Estenuado por la fatiga, como un hombre que despierta de un profundo sueño ó sale de una larga distraccion, permanció inmóvil, estúpido y como espantado: dirijia sus miradas en torno suyo como si estuviese extraviado y tratase de reconocer el sitio en que se encontraba; procuraba reponer sus fuerzas y ordenar sus ideas, y se enjugaba maquinalmente el rostro. Semejante á aquel que viese al despertar su lecho rodeado de un gran número de personas, en un completo olvido ó en una profunda ignorancia de lo que habia hecho, exclama en el

primer momento.) ¡Y bien! señores, ¿qué hay?... ¿De qué proceden vuestras risas y vuestra sorpresa? ¿Qué hay?... (Enseguida añadió.) ¡He ahí á lo que se debe llamar música y lo que es un músico! Sin embargo, señores, no se deben despreciar algunos aires de Lulli. Yo dudo que se haga mejor la escena de *Yo esperaré la aurora...* sin cambiar las palabras: tampoco se deben despreciar algunos pasajes de Campra, los aires de violin de mi maestro, sus gavotas, sus entradas de soldados, de sacerdotes y sacrificadores: *Pálidas antorchas, Noche mas horrorosa que las tinieblas... Dios del Tártaro; Dios del olvido...* (Al llegar áqui hizo mas gruesa su voz, sosteniendo los sonidos; los vecinos se asomaron á las ventanas y nosotros tapamos los oidos con los dedos. Él continuó:) Aquí es en donde hacen falta pulmones, un gran órgano y un buen vólumen de aire; pero despues de la *Assomption*, la *Careme* y los *Rois* nada valen. Ellos no saben todavia lo que conviene poner en música, ni por consiguiente lo que conviene al músico. La poesía lírica está todavia en su nacimiento, pero ya se acostumbrarán á ella á fuerza de oír el *Pergo'ése*, el *Saxon*, el *Terradeglias*, el *Traetta* y demás; y y sobre todo, leyendo á Metastasio.

Yo—¡Como! ¿Y Quinault, Lamott y Fontenelle no han entendido nada?»

El—No, en el nuevo estilo. No hay seis versos seguidos en todos sus encantadores poemas que se puedan poner en música: son todas sentencias ingeniosas, madrigales ligeros, tiernos y delicados; pero para saber cuan falto de recursos es esto para nuestro arte, el mas violento de todos, sin exceptuar el de Demóstenes, no tiene V. mas que hacer recitar esos fragmentos, y verá como le parecen frios, lánguidos y monótonos. No hay nada en ellos que pueda servir de modelo al canto: por lo demás, me agradaria tener en música las Máximas de La Rochefoucauld ó los Pensamientos de Pascal. El grito animal de la passion es el que debe señalar la línea que nos conviene, y es preciso que la frase sea corta y que el sentido esté cortado, suspendido; que el músico pueda disponer de todas y de cada una de sus partes, omitir una palabra ó repetirla y añadir la que le falte, darle vueltas y retorcerla como un pólipo, aunque sin destruirla: esto es lo que hace la poesía lírica francesa mucho mas difícil que en las lenguas de inversion, que presentan por si mismas todas esas ventajas. *Bárbaro, cruel: clava tu puñal en mi seno; heme aquí dispuesto á recibir el*

golpe fatal: hiere, atrévete... ¡Ah! yo desfallezco, muero... un fuego secreto se enciende en mi seno. Cruel Amor ¿qué quieres de mi?... Déjame la dulce paz de que he gozado.... devuélveme la razon.... Es necesario que las pasiones sean fuertes. La sensibilidad del músico y del lírico debe ser estremada; el aire es casi siempre la peroracion de la escena. Necesitamos exclamaciones, interjecciones, suspensiones, interrupciones, afirmaciones y negaciones; llamamos, invocamos, gritamos, gemimos, lloramos y reímos estrepitosamente. Nada de ingenio, nada de epigramas, nada de esas locuras pensadas: esto está muy lejos de ser natural. Y no se crea que la manera de hacer de los actores de teatro y sus declamacion pueden servirnos de modelo. ¡Quiá! de ningun modo! Nosotros necesitamos mas energia, menos amaneramiento, mas verdad. Los discursos sencillos, las voces comunes de la pasion nos son tanto mas necesarias cuanto más monótono sea el idioma y menos acentos tenga: el grito animal ó el del hombre apasionado se representan en ellos.

(Mientras me hablaba de este modo la multitud que nos rodeaba se retiró, ya porque no entendia nada, ó porque le inspiraba poco

interés lo que decia, pues en general, al niño como al hombre y al hombre como al niño, le agrada mas divertirse que instruirse. Cada uno estaba á su juego y nosotros habiamos quedado solos en nuestro rincon. Sentado en una banqueta, con la cabeza apoyada contra la pared, los brazos desfallecidos y los ojos medio cerrados, me dijo:) Yo no sé lo que tengo: cuando vine aqui estaba descansado y ágil, y ahora me encuentro molido de cansancio y quebrantado como si hubiese andado diez leguas: y este cambio ha sido repentino.

Yo.—¿Quiere V. refrescar?

El.—Con mucho gusto. Tengo la voz ronca; me faltan las fuerzas y me duele algo el pecho. Esto me sucede casi todos los dias como este, sin que yo sepa el motivo.

Yo.—¿Qué quiere V.?

El.—Lo que V. diga: no soy escrupuloso porque la indigencia me obligó á acostumbarme á todo.

(Se nos sirvió cerveza y limonada; él llenó un vaso, que vació dos ó tres veces, y despues, ya reanimado, tosió con fuerza y continuó diciendo:)

En su opinion señor filósofo, ¿no es una estravagancia muy estraña que un extranjero, un italiano, un Duni, venga á enseñarnos

á dar entonacion á nuestra música y sujetar nuestro canto á todos los movimientos, á todas las medidas, á todos los intervalos y á todas las declamaciones sin lastimar la prosodia? Esto no es, sin embargo, una cosa del otro mundo. Cualquiera que haya escuchado á un pobre pedir limosna en la calle, á un hombre en el trasporte de la cólera, á una mujer celosa y enfurecida, á un amante desesperado, á un adulator... si, á un adulator suavizando su tono, pronunciando las sílabas con lentitud y con voz melosa; en una palabra, el que haya estudiado una pasión, cualquiera que sea, que merezca servir de modelo al músico, habrá debido aperebirse de dos cosas: que las sílabas largas ó breves no tienen ninguna duracion fija, ni hacen relacion determinada entre sus duraciones, y que la pasión dispone á su antojo de la prosodia, que ejecuta los mayores intervalos, y que aquel que exclama en la fuerza de su dolor: ¡Ah que desgraciado soy! eleva la sílaba de exclamacion al tono mas subido y mas agudo, y descende las otras al mas grave y bajo, haciendo la octava ó un intervalo mayor, y dando á cada pasión la cantidad que conviene al estilo de la melodía, sin que al oído le desagrade y sin que la sílaba larga ni la breve

hubiesen conservado la longitud ó la brevedad del discurso tranquilo. ¿Qué hemos adelantado desde que citábamos el *parentesis* de *Armida*, el *Vencedor de Renaud*, *si alguno lo puede ser*; el *Obedezcamos sin vacilar* y las *Indias galantes*, como prodigios de declamacion musical? Ahora estos prodigios causan lástima. Avanza el arte de tal modo, que no se puede decir como acabará. Pensando en esto, echemos otro trago.

(Y echó dos ó tres sin saber lo que hacia. Como iba á hacerle daño por lo agitado que estaba, sin apercibirse de ello, separé la botella que él buscaba por distraccion. Entonces le dije:)

=¿En qué consiste que teniendo V. un tacto tan fino, una sensibilidad tan grande para las bellezas del arte musical, es V. tan ciego para la moral, y tan insensible á los encantos de la virtud?

El=Consiste en que hay para las unas un sentido que yo no tengo, una cuerda que no se me ha dado, que es floja y se puntea bien, pero que no vibra; ó quizás, como yo vivo siempre entre buenos músicos y gentes perversas, de ahí el que mi oido se haya hecho fino y mi corazon sordo. Además, hay algo de verdad en que... ¡La sangre!... Mi sangre es

la misma que la de mi padre: la molécula paterna era dura y obtusa, y esa maldita molécula primera se asimilò todo el resto.

Yo==¿Quiere V. á su hijo?

El==¡Si quiero al pequeño salvaje! Soy loco por él.

Yo==¿Y no tratará V. seriamente de detener en él los efectos de la maldita molécula paterna?

El==Creo que lo intentaria inútilmente.

Si está destinado á ser un hombre de bien, yo no pondré ningun obstáculo; pero si la molécula quiere que sea un pillo como yo, los medios de que pudiese valerme para hacerlo hombre de bien, serian inútiles. Creciendo con la educacion los instintos de la molécula, se veria siempre como atraido por dos fuerzas contrarias, y marcharia de lado por el camino de la vida, como he visto á infinidad de ellos, sin condiciones para el bien ni para el mal. A

estos es á quienes nosotros llamamos *especies*; el peor de todos los epitetos porque señala la insuficiencia y el último grado del desprecio.

Un gran bribon es un gran bribon, pero no es de ningun modo una *especie*. Antes de que la molécula paterna dejase sus inclinaciones y pudiera evitarse que llegara á la perfecta abyeccion en que yo me encuentro, seria ne-

cesario muchísimo tiempo, y perderia sus mejores años. Yo por ahora no hago nada con él. Dejo venir y le examino. Es ya perezoso, tonto, zalamero, y mentiroso: sospecho que no ha de desacreditar la raza.

Yo—¿Hará V. de él un músico para que no falte nada á la semejanza?

El—¡Un músico! ¡Un músico! Alguna vez le he visto rechinando los dientes y me lije: ¡Si llegas alguna vez á saber una nota, creo que te retorceré el pescuezo!

Yo—¿Y por qué?

El—Eso no conduce á nada.

Yo—Eso conduce á todo.

El—Si, cuando se sobresale; pero ¿quien puede prometerse que su hijo sea aventajado? Hay diez mil probabilidades contra una para imponer que no será mas que un miserable cascador de cuerdas, como yo, ¿No sabe V. que es quizás mas fácil encontrar un niño con talento para gobernar un reino y ser un gran rey, que para ser un gran violinista?

Yo—Creo que los talentos, aunque sean medianos, en un pueblo sin costumbres, perdido por la lujuria y el lujo, avanzan rápidamente en el camino de la fortuna.

El—Sin duda alguna. Oro, oro; el oro es todo, y lo demas sin él, no es nada. Por eso

en vez de llenarle la cabeza con bellas máximas, que tiene que olvidar si no quiere ser un mendigo, cuando poseo un luis, lo cual no me sucede muy á menudo, me coloco delante de él, saco la moneda del bolsillo, se la enseño con admiracion, levanto los ojos al cielo y bajo el luis ante él: para hacerle comprender mejor todavia la importancia de la santa moneda, hago temblar la voz y le señalo con el dedo todo lo que se puede adquirir con ella; un hermoso abrigo, una bonita gorra y un buen bizcocho; enseguida meto el luis en el bolsillo, me paseo con gravedad, levanto la punta de mi chaleco y pego con la mano sobre el bolsillo; asi es como le hago concebir que del luis nace la seguridad con que me ve.

Yo—No se puede dar nada mejor; pero ¿y si sucede que profundamente penetrado del valor del luis, un dia...

El—Ya le comprendo á V. Es preciso cerrar los ojos porque no hay ningun principio de moral que no tenga su inconveniente. En el caso peor, es un cuarto de hora malo, y nada mas.

Yo—A pesar de esas observaciones tan atrevidas y tan sábias, persisto en creer que seria bueno hacerlo músico. Yo no conozco otro medio de acercarlo rápidamente á lo

grandes, satisfacer mejor sus vicios y hacer útiles los suyos.

El—Es cierto; pero yo tengo un proyecto de éxito mas pronto y mas seguro. ¡Ah! si tuviese una hija! Pero como no se puede hacer lo que se quiere, hay que conformarse con lo que venga, sacar de ello el mejor partido, y para esto no dar neciamente, como hacen la mayor parte de los padres, que no lo harian peor si quisiesen hacer la desgracia de sus hijos, la educacion de Lacedemonia á un niño nacido para vivir en Paris. Si es mala, tienen la culpa las costumbres de mi nacion, no yo. De esto responderá quien pueda: yo quiero que mi hijo sea feliz, ó lo que él desea; que se vea venerado, rico y poderoso. Conozco un poco los medios mas fáciles de llegar á este fin, y se los enseñaré con gusto. Si ustedes, los otros sabios, me vituperan, la multitud y el éxito me absolverán. Será rico: soy yo quien se lo dice á V. Y teniendo mucho oro, no le faltará nada, ni siquiera la estimacion y el respeto de V.

Yo—Podria suceder que V. se engañase.

El—Eso sucederá.

(Habia en todo esto muchas cosas de esas que se piensan y en virtud de las cuales uno

obra, pero que no se dicen. He ahí, en verdad, la principal diferencia que hay entre mi hombre y la mayor parte de los que nos rodean. Confiesa los vicios que tiene y que los otros tambien poseen, pero no es hipócrita. Tampoco es mas ni menos abominable que ellos; es solamente mas franco, mas consecuente y, algunas veces, consumado en la depravacion. Temblaba al pensar lo que seria su hijo con semejante maestro; pero es cierto que, segun las ideas corrientes, tan estrictamente calcadas en nuestras costumbres, debia ir muy lejos, á no ser que se viese prematuramente detenido en su camino.)

El—¡Oh! no tema V. nada; el punto importante, difícil, al cual un buen padre debe tender, no es dar á su hijo vicios que le envanezcan, ridículos que le hagan estimable para los grandes, porque esto todo el mundo lo hace, ó por sistema ó como yo, sino que á lo que debe tender es á señalarle la justa moderacion, el arte de evitar la vergüenza, el deshonor y las leyes: estas disonancias en la armonia social son las que es necesario saber colocar, preparar y salvar. No hay nada más monótono que una serie de acordes perfectos. Es necesario algo que hiera, que separe el haz y que esparza los rayos.

Yo—Muy bien. Por esa comparacion, *V.* me vuelve á traer á la música; hábito de que yo me habia separado á pesar mio, y por lo cual le doy gracias; pues yo le aprecio á *V.* más como músico que como moralista.

El—Sin embargo, creo ser un discípulo en música y un maestro en moral.

Yo—Lo dudo; pero aun cuando sea así, yo soy un hombre honrado y los principios de *V.* no son los míos.

El—Tanto peor para *V.* ¡Ah! si yo tuviese su talento!

Yo—Dejemos mis condiciones y ocupémonos de las de *V.*

El—¡Oh! ¡Si yo supiese espresarme como *V.*!.. Pero tengo una especie de instinto impertinente, mitad de hombre de mundo y de literato, y la otra mitad de verdulera.

Yo—Yo hablo mal; no se más que decir la verdad, y esto no conviene siempre, como *V.* sabe perfectamente.

El—Pero no es por decir la verdad, sino al contrario, por decir la mentira, para lo que yo ambiciono el talento de *V.* !Si yo supiese escribir, hacer un libro, dedicar una carta, embriagar á un necio con su mérito ó insinuarme entre las mujeres!

Yo.—Todo eso lo sabe *V.* mil veces me-

¡jor que yo. En ese terreno ni siquiera soy digno de ser su discípulo.

El—¡Cuántas grandes cualidades perdidas de las cuales ignora V. el valor!

Yo—Yo recojo todo lo que siembro.

El—Si así fuese, no tendría V. ese traje tosco, esa levita de lanilla, esas medias de lana, esos zapatos gruesos y esa vieja peluca.

Yo.—Me conformo con todo. Se necesita ser muy torpe para no ser uno rico, y se le permite hacer lo que quiera para serlo; pero hay personas que, como yo, no conceptúan la riqueza como lo más preciso del mundo. Personas caprichosas...

El—¡Muy caprichosas! No se nace con esas ideas: se adquieren; y digo que se adquieren, porque no están en la naturaleza.

Yo—Del hombre?

El—Del hombre. Todo lo que vive, sin exceptuarle á él, busca su bienestar á espensas de lo que le pertenece; y tengo la seguridad de que si yo dejase crecer á mi pequeño salvaje sin hablarle de nada, querría estar ricamente vestido, esplendidamente alimentado, querido de los hombres, amado de las mujeres y tener para sí todos los goces de la vida.

Yo—Eso prueba la necesidad de una educa-

cacion. ¿Y quién es el que lo niega? ¿Y qué es una buena educacion sino aquella que conduce à toda clase de goces sin peligro y sin inconveniente?

Yo—Poco hace falta para que yo sea de la opinion de V.; pero evitemos explicaciones.

El—¿Por qué?

Yo—Porque temo que no estemos de acuerdo mas que en la apariencia, y que si entramos en la discusion de los peligros y los inconvenientes que hay que evitar, no nos entendamos.

El—¿Y qué es lo que motiva eso?

Yo—Dejémoslo. Lo que yo sé no se lo enseñaria á V. nunca; en cambio V. me instruirá en lo que ignoro, y V. sabe mucho en música. Querido músico: hablemos de música, y dígame V. en que consiste que con la facilidad de sentir, de retener y de ejecutar los mejores trozos de los grandes maestros, con el entusiasmo que á V. estos le inspiran que transmite á los demás, no haya hecho V. nada de importancia.

(En vez de contestarme se puso á menear la cabeza, y, levantando un dedo al cielo, exclamó:) ¿Y el astro? ¡El astro! Cuando la naturaleza hizo á Leonardo de Vinci, Pergoleso y

Duni, sonrió; adquirió un aire imponente y grave cuando formó al querido maestro.. que se llamará durante una docena de años el gran maestro, y del cual luego no se hablará mas. Cuando me engendró á mi, puso mala cara; mas que esto todavia...(y diciendo estas palabras, hacia toda clase de muecas de desprecio, desdén, ironia; creia amasar entre sus dedos un pedazo de pasta, y sonreia por las formas ridículas que le daba. Hecho esto tiró la pasta heteróclita lejos de sí. y dijo:) Así es como ella me hizo y me tiró al lado de otras pagodas mas con graesos vientres arrugados, cuellos cortos, grandes ojos desencajados y apopléticos; otras de cuellos torcidos, y algunas enjutas, de mirada viva y nariz encorvada. Todas estallan de risa al verme, y yo, con las manos en las caderas, me echo tambien á reir al verlas á ellas, porque los necios y los locos se divierten unos á otros, se buscan y se atraen. Si cuando yo llegué no hubiera encontrado hecho el proverbio: *El dinero de los necios es el patrimonio de las personas de ingenio*, se me hubiera debido á mi. Comprendí que la naturaleza habia puesto mi herencia en la bolsa de las pagodas é inventé mil medios para resarcirme de ella.

Yo.—Conozco esos medios: V. me ha hablado de ellos y yo los he admirado mucho pero entre tantos recursos ¿por qué no haber intentado el de una buena obra?

El.—Esa idea es la que propuso un hombre de mundo al abate Leblanc, y este deciz: «La marquesa de Pompadour me coje por la mano y me lleva hasta el umbral de la Academia; allí retira la mano, caigo y me rompo las dos piernas.» El hombre de mundo le contestaba: «Pues bien, abate; es preciso levantarse y empujar la puerta con la cabeza.» Y el abate le replicaba: «Es lo que intenté y sabe V. lo que me resultó? un chichou en la frente...» (Después de esta historieta, mi hombre se puso á pasear con la vista baja, pensativo y abatido; suspiraba, lloraba, se afligía, elevaba al cielo las manos y los ojos, se golpeaba la cabeza con el puño hasta lastimarse la frente ó los dedos, y añadía:) Yo creo que hay algo en ella; pero Le llamado con fuerza, la he aitado y no sale nada... (Comenzó otra vez á menear la cabeza y á golpear la frente con mas furia y continuó:) Ó no hay nada aquí, ó no quiere responder cuando le llamo.

(Un instante despues tomaba una actitud soberbia, volvía á levantar su cabeza, colocaba la mano derecha sobre el corazon, se pa-

seaba y decia:) Yo siento, si; yo siento... (é imitaba al hombre que se irrita, que se indigna, que se entenece, que pide, que suplica, y pronunciaba sin preparacion discursos de cólera, de conmiseracion, de ódio, de amor, y trazaba los caracteres de las pasiones con una delicadeza y una verdad sorprendentes. Después añadía:) Yo creo que es esto. He ahí lo que ocurre, he ahí lo que vale encontrar un buen comadron que sepa excitar, precipitar los dolores y recoger pronto al niño. Cuando estoy solo, cojo la pluma y quiero escribir; me muerdo las uñas y me caliento la cabeza:—Servidor de V.; buenas tardes; el dios está ausente. Estaba persuadido de que tenia génio, y al fin de mi camino leí que soy un necio, un necio. El medio de sentir, de elevarse, de pensar, de pintar con energía, es andar con personas tales como las que es necesario tratar para vivir en medio de los propósitos que se tienen y de los que se escuchan, y en medio de esta habladuría:—Hoy el boulevard estaba encantador. ¿Ha visto V. la marmota?—Está muy bien hecha.—Un señor lucia el mejor tronco gris que se puede imaginar.—Aquella bella señora comienza á perder su hermosura:—¿A la edad de cuarenta y cinco años se lleva un peinado como aquel?—Una

jóven estaba cubierta de diamantes que no le cuestan nada.— Quiere V. decir que le cuestan... caros? —No=¿En donde la vió V.?=En el *Niño del Arlequin perdido y encontrado*.— La escena de la desesperacion, ha sido representada como no lo habia sido hasta ahora.— El Polichinela de la feria tenia garganta, pero no figura, ni alma.—Una señora dió á luz dos niños á la vez; cada uno tendrá su padre...» ¿Y cree V. que esto, dicho repetido y oido todos los dias, excita y conduce á lo grande?

Yo=No: seria mejor encerrarse en su guardilla, beber agua, comer pan y estudiarse á si mismo.

El=Quizás; pero yo no tengo valor para eso. Y además, sacrificar su dicha á un éxito incierto! ¿Y entonces el nombre que llevo?... Llamarse Lameau es incómodo. No hay talento como la nobleza que se trasmite y cuya importancia aumenta pasando del abuelo al padre, del padre al hijo y de este al nieto, sin que los abuelos impongan mérito alguno á su descendencia: el viejo tronco se convierte en un enorme árbol de necios, pero ¿qué importa? No sucede lo mismo con el talento. Solo para obtener el nombre de su padre, es necesario ser mas hábil que él y haber hereda-

do su fibra... Esta me ha faltado; pero el puño se adiesró, el arco progresa y el puchero no falta. Si esto no es gloria, es caldo.

Yo—En lugar de V. yo no me quedaria así: ensayaria.

El—¿Y cree V. que no le ensayado? Aun no tenia quince años, cuando me dije por primera vez: ¿Qué tienes?... Tu sueñas ¿y qué sueñas? Que quisieras haber hecho ó hacer algo que excitase la admiracion del universo... ¡Oh! si; no hay para esto mas que soplar y mover los dedos, abrir el pico y está todo hecho. En una edad mas avanzada, repetí el propósito de mi niñez; hoy lo repito todavia y quedo al lado de la estatua de Memnon.

Yo—¿A qué conduce citar esa estatua?

El—Yo creo que se entiende lo que quise decir. Al lado de la estatua de Memnon habia otra porcion de ellas, que eran igualmente heridas por los rayos del sol: sin embargo, la suya era la única que resonaba. ¿Quién es poeta? Voltaire, ¿Y despues de él? Voltaire. ¿Y en tercer lugar? Voltaire ¿Y en cuarto lugar? Voltaire tambien. Músicos son Rinaldo de Cápua, Hasse, Pergolésio, Alberti, Tartini, Locatelli, Terradeglias, mi maestro y Duni, que no tiene semblante ni figura, pero que toca..... ¡Pardiez!, Tiene canto y expre-

sion. Los demás, lo mismo que las pequeñas estatuas de Memnon, somos un par de oídos fijos en el extremo de un palo; por eso somos tan mendigos; sí, tan mendigos, que es una bendición. ¡Ah! señor filósofo; la miseria es una cosa terrible: yo la veo acurrucada, con la boca abierta para recibir algunas gotas de agua helada que se vierten del tonel de las Danaides. No sé si aguza el ingenio del filósofo, pero sé que enfria disparatadamente la cabeza del poeta; no se canta bien bajo ese tonel ¡es demasiado feliz todavía el que puede colocarse en él! Yo lo estaba y no supe mantenerme. Había ya hecho una necesidad una vez, y viajé por Bohemia, Alemania, Suiza, Holanda, Flandes.

Yo = Bajo el tonel horadado?

El = Sí. Era un judío opulento y disipado que gustaba de la música y de mis locuras. Yo tocaba como Dios quería, me hacía el loco y no me faltaba nada. Mi judío era un hombre que conocía su ley y la observaba con rectitud, alguna vez con el amigo y siempre con el extraño. Hizo un mal negocio que le voy á contar á V. porque es divertido. Había en Vtrecht una cortesana encantadora de la cual se enamoró perdidamente: le envió un lacayo con una letra de cambio bastante cre-

cida, pero la caprichosa criatura rechazó su oferta. El judío se puso desesperado. Entonces el lacayo le dijo: «¿Por qué se aflige V.? Si V. quiere dormir con una mujer hermosa, nada es mas fácil, y aun con una mas linda que la que V. persigue: le cedo á V. la mia por el mismo precio.» Dicho y hecho; el lacayo se guarda la letra de cambio, y ni judío duerme con su esposa. Llega el vencimiento de la letra; el judío la deja protestar y niega: se forma proceso y el judío decia: «Nunca ese hombre se atreverá á decir porque posee esa letra, y yo no la pagaré.» En la audiencia interpela al lacayo: «Esa letra de cambio ¿quién se la dió á V.? = V. mismo. = ¿Por dinero prestado? = No = ¿Por suministro de mercancías? = Tampoco. = ¿Por servicios prestados? = No; pero no se trata de eso; yo soy su poseedor, V. la ha firmado y V. la pagará. = Yo no la he firmado. — ¿Soy entonces un falsario? = V. ú otro de quien V. es agente. = Yo soy un infame, pero V. es un bribon, y si V. me obliga lo diré todo; me deshonoraré, pero lo comprometeré a V...» El judío no hizo caso de la amenaza y el lacayo reveló todo lo sucedido. Fueron condenados los dos, y el judío tuvo que pagar la letra, cuyo importe fué aplicado al socorro de los pobres

Entonces me separé de él y me volví aquí. ¿Qué hacer? Había que perecer de miseria ó hacer algo y se me ocurrieron una porción de ideas. Un día me reuní con una compañía de provincia, igualmente buena ó mala para el teatro y para la orquesta: al día siguiente pensaba hacer pintar uno de esos cuadros Unidos á una percha que se colocan en una calle, donde hubiera estado gritando hasta no poder mas: «He ahí la ciudad en donde nació; se aconseja con su padre el boticario; llega á la capital buscando la casa de su maestro... Ahí está de rodillas á los pies de su maestro... el cual le despide. Hele ahí con un judío, etc., etc.» Al día siguiente me levanté resuelto á asociarme á los cantores de las calles. Esto no es lo peor que habria hecho; iríamos á cantar bajo las ventanas de mi querido maestro, que se hubiera enfurecido; pero despues tomé otro partido.

(Aquí se detuvo pasando sucesivamente de la actitud de un hombre que tiene un violín y aprieta las cuerdas á mano, á la de un pobre diablo, estenuado de fatiga, al que faltan las fuerzas y le flaquean las piernas, próximo á espirar si no se le arroja un pedazo de pan, indicó su extrema necesidad con el gesto de un dedo dirigido hácia su boca entre-

abierta, y despues añadió:) Esto se comprende. Se me arrojó el bocado, y nos lo disputamos tres ó quatro hambrientos... Y despues ¡piense V. admirablemente, haga V. cosas en medio de semejante abandono!

Yo—Eso es difícil:

El—De caída en caída, había caído allí, y estaba con todas las comodidades posibles. Y me salí. Será preciso aplastar nuevamente el estómago y volver otra vez al gesto del dedo hácia la boca abierta. Nada hay estable en este mundo: hoy en la cima y mañana en la calle. ¡Malditas circunstancias! Nos arrastran y conducen muy mal...

(Despues, bebiendo de un sorbo lo que quedaba en el fondo de la botella y dirigiéndose á su vecino:) Señor: por caridad, deme V. un poco. V. tiene una hermosa caja. ¿No es V. músico?—No.—Tanto mejor para usted, porque son unos pobres diablos bien dignos de lástima. La suerte quiso que yo lo fuese, mientras hay en Montmartre un molino, un molinero, un criado de este molinero que en su vida oirá mas que el ruido del trinquete, y que encontró los mas hermosos cantos... ¡Al molino, al molino! Allí es tu pues o.

Yo—A cualquier cosa que el hombre se aplique, la naturaleza lo destina.

El—;Comete tan extrañas equivocaciones la naturaleza!... En cuanto á mi, yo no veo desde esa altura en que todo se confunde: el hombre que poda un árbol con la tijera y la oruga que roe la hoja, se ven como dos insectos diferentes cada uno á su trabajo. Predique V. desde el cielo de Mercurio, y desde allí distribuya V., si le conviene, á imitacion de Reaumur, las moscas en costureras, agrimensoras y sembradoras; los hombres en carpinteros, ebanistas, albañiles, bailarines y cantores: es el oficio de V. y yo no me meto en eso. Estoy en estemando y me quedo en él: si es de la naturaleza el tener apetito, porque es siempre á esto á lo que yo me dirijo. á la sensacion que siempre se me presenta, creo que no está bien ordenado el que falte algunas veces que comer. ¡Que diablo de economia! Unos hombres rebosan de todo, mientras otros, que tienen un estómago importuno como el suyo y un hambre igual, no tienen que meter en la boca. Lo peor es la postura forzada en que nos tiene la necesidad. El hombre necesitado no camina como los demás: salta, se arrastra, se entosca y pasa su vida tomando y dejando posiciones.

Yo—;Qué es eso de posiciones?

El—Pregúnteselo V. á Noverre. El mun-

do ofrece mucho mas de lo que su arte puede imitar.

Yo=Y V, tambien se encarama, valiéndome de su expresion y de la de Montaigne, en el epiciclo de Mercurio, y considera las diversas pantomimas de la especie humana.

El=No, no; ya se lo dije á V., yo soy demasiado pesado para elevarme tanto. Abandono á los imbéciles en la mansion de las nieblas y marchó sin perder de vista mi objeto. Miro á mi alrededor y tomo mis posiciones ó me entretengo con las que veo tomar á los demas y soy una excelente pantomima, como V. puede juzgar.

(Enseguida se pone á sonreír, á imitar al hombre admirado, suplicante, complacient:ó tiene el pié derecho hácia delante, el izquierdo hácia atrás, el espinazo encorvado, la cabeza levantada, la mirada como fija en otros ojos, la boca abierta y los brazos dirigidos hácia algun objeto; escucha una òrden, la recibe, parte como un rayo, vuelve á venir, queda enterado, se dá cuenta de todo y muestra atencion; recoge lo que cae y coloca un almohadon ó un taburete debajo de los pies; tiene un platillo, aproxima una silla, abre una puerta, cierra una ventana, corre las cortinas; observa al maestro y á la maestra; queda in-

móvil con los brazos pendientes y las piernas paralelas, escucha, trata de leer en los rostros y añade: (He ahí mi pantomima, casi igual á la de los aduladores, á la de los cortesanos, á la de los criados y á la de los mendigos.

(Las locuras de este hombre, los cuentos del abate Galiani y las extravagancias de Rabelais, me han hecho alguna vez pensar profundamente. Son tres almacenes en que yo me provisto de caretas ridiculas que coloco sobre el rostro de los mas graves personajes, y veo á Pantalon en un prelado, un sátiro en un presidente, un cerdo en un cenobita, un avestruz en un ministro y un ganso en su primer dependiente.) Segun V., dije á mí hombre, hay muchos mendigos en este mundo, y es difícil encontrar una persona que no sepa hacer algunos puntos de ese baile.

El= Tiene V. razon. No hay en todo un reino mas que un hombre que marche, que es el soberano; los demas solo toman posiciones.

Yo=¿El soberano? Todavía hay algo que hablar de él. ¿Cree V. que no encuentra de vez en cuando á su lado, un pie, un moño ó una nariz que le obligan á hacer algo de pantomima? El que tiene necesidad de otro ser, es indigente y toma una posicion. El rey la

toma delante de su querida, y hace una pantomima ante Dios. El ministro hace el papel de cortesano, adulator, criado y mendigo delante de su rey. La multitud de ambiciosos, imita nuestras posiciones de cien maneras, a cual mas viles, delante del ministro: y el abate de profesion, con alzacuello y largo manteo, hace lo mismo, al menos una vez por semana, ante el depositario de la hoja de beneficios. A fé que lo que V. llama patomima de los pordioseros, es el gran movimiento de la tierra: cada uno tiene su pequeña... y su protector.

El—Eso me consuela.

(Mientras yo hablaba, él imitaba perfectamente las posiciones de los personajes que nombraba. Por ejemplo, para simular al abate, colocaba su sombrero debajo del brazo y cogia el breviro con la mano izquierda; con la derecha levantaba la cola del manteo, se adelantaba con la cabeza un poco inclinada sobre la espalda, los ojos bajos, imitando tan perfectamente al hipócrita, que yo creia ver al autor de las *Refutaciones* ante el Obispo de Orleans. Para imitar á los aduladores y á los ambiciosos, se inclinaba hasta tocar con el vientre en tierra; parecia Bouret en el registro general.)

Yo—Eso está admirablemente ejecutado, pero hay, sin embargo, un ser dispensado de la pantomima: es el filósofo que no tiene nada ni nada pide tampoco.

El—¿Y dónde está ese animal? Si no tiene nada sufre, si nada solicita, nada obtendrá ... y sufrirá siempre.

Yo—No; Diógenes se burlaba de sus necesidades.

El—Pero es preciso estar vestido.

Yo—No; estaba desnudo por completo.

El—Algunas veces haría frío en Atenas

Yo—Menos que en París.

El—¿Se comía allí?

Yo—Sin duda alguna.

El—¿A espensas de quien?

Yo—De la naturaleza. ¿A quién se dirige el salvaje? A la tierra, á los animales, á los peces, á los árboles, á las hierbas, á las raíces y á los arroyos.

El—Mala mesa.

Yo—Es grande.

El—Pero mal servida.

Yo—Sin embargo, es la que produce para cubrir las otras.

El—Pero V. convendrá en que la industria de nuestros cocineros, pasteleros, fondistas y confiteros, exige algo de su parte, Con

la dicta austera de vuestro Diógenes, no de-
lia haber órganos muy indóciles.

Yo—Se equivoca V. El hábito del cínico
era lo mismo que nuestro hábito monástico,
y con la misma virtud; los cínicos eran los car-
melitas y franciscanos de Atenas.

El—En ese caso, Diógenes hacia también
la pantomima, sino delante de Pericles, al me-
nos, delante de Lais y de Phrynea.

Yo—Se equivoca V. también; los demás
adquirían bien cara á la cortesana que se les
entregaba.

El—Pero yo necesito una buena cama,
una buena mesa, un traje grueso en invierno
y otro delgado en verano, reposo, dinero y
otras muchas cosas que prefiero deber á la
benevolencia, que adquirir por el trabajo.

Yo—Porque V. es un holgazán, un ambi-
cioso, un cobarde, un alma de cieno.

El—Eso creo que ya lo he dicho yo.

Yo—Las acciones de la vida tienen, sin
duda, un precio; pero V. ignora el que tiene
el sacrificio que V. hace para obtenerlas. V.
hizo, hace y conutinará haciendo la vil pan-
tomima.

El—Es cierto; pero me ha costado poco, y
hoy no me cuesta nada; por esa razón haría
mal en tomar una posición que me fatigase, y

no pudiese conservar. Pero yo veo, por lo que V. me dice, que mi pobre esposa era una especie de filósofo, y tenía tanto valor como un león. Alguna vez nos faltaba pan, estábamos sin un real y habíamos vendido casi todo lo que poseíamos. Yo me arrojaba á los piés de nuestro lecho y trataba de acordarme de alguno que me hubiese prestado un escudo, que no le habia de devolver. Ella, ligera como un pinzón, se sentaba al piano; cantaba y se acompañaba á si misma. Tenia una garganta de ruiñeñor, y siento que V. no la haya oido. Cuando iba á algun concierto, la llevaba conmigo; y aprovechando la ocasion, le decia: «Vamos, señora, hágase V. admirar; despliegue V. sus encantos y su talento, levántese V., vuélvase V...» Nosotros llegábamos, y ella cantaba, se levantaba y se volvia. ¡Ay de mi! ¡La he perdido! Además de su talento, tenia una boca por la que casi no le cabia el dedo meñique; sus dientes eran una sarta de perlas y sus ojos, sus piés, su cutis, sus mejillas, sus piernas de ciervo, sus manos y sus brazos, eran modelos. Por lo meños, podria alcanzar, tarde ò temprano, el arrendatario general, ¡Tenia un paso, unas caderas... ¡ay Dios! ¡qué caderas!

(Despues se puso á imitar el modo de an-

dar de su esposa. Marchaba con paso menudo, elevaba la cabeza, jugaba con el abanico, meneaba las caderas y remedaba de nuestras presumidas, lo mas encantador y lo mas ridiculo á la vez.)

Siguiendo enseguida el hilo de su discurso, añadía:—Yo la paseaba por todas partes; por las Tullerías, por el Palacio Real, por los boulevards: era imposible que me contuviese. Cuando por la mañana atravesaba la calle en pelo y ligera, le hubiera V. rodeado la cintura con las dos manos sin oprimirla. Los que la seguían; los que la veían andar sobre sus piecitos y contemplaban sus anchas caderas, que se dibujaban á través de las ligeras enaguas, redoblaban el paso; ella los dejaba acercar, y enseguida les dirigía sus dos hermosos ojos negros y brillantes haciéndolos parar de repente: es que... Pero ¡Dios mio! la he perdido, y todas mis esperanzas de hacer fortuna se desvanecieron con ella. ¡No me había casado para eso! Le había confiado mis proyectos, y ella tenía demasiada sagacidad para no comprenderlos, y demasiado juicio para no aprobarlos...

(Al decir esto empezó á sollozar y á llorar diciendo:)-No, no; yo no me consolaré nunca. Desde entonces tomé el alzacuello y el solideo.

Yo—¿De dolor?

El—Si, de dolor verdadero para tener escudilla sobre mi cabeza.... Vea V. que hora es, porque tengo que ir á la Opera.

Yo—¿Qué se ejecuta?

El—El Dauvergne. Tiene en música cosas bastante hermosas y es lástima que no fuese él el primero en decirlas. Entre esos muertos los hay siempre que desolan á los vivos. ¿Que quiere V? *Quiisque suos pat-
mur manes.* Pero son las cinco y media y oigo la campana que toca á las vísperas del abate de Cannaye y á las mias. Adios, señor filósofo: ¿no es cierto que soy siempre el mismo?

Yo.—¡Desgraciadamente!

El.—Ojalá tenga todavía esta desgracia mas cuarenta años. Tendrá razon para reirse el último que se ria.

FIN.

The first part of the book is devoted to a general
 history of the country, and to a description of the
 principal cities and towns. The second part
 contains a detailed account of the manners and
 customs of the people, and of the various
 arts and sciences which they have acquired.
 The third part is a collection of the most
 interesting and curious stories which have
 been related of the inhabitants of the country.
 The fourth part is a list of the principal
 authors and writers who have produced
 any thing worthy of notice in the
 history and literature of the country.











